

LA VISITA DE LA VIEJA DAMA
FRIEDRICH DÜRRENMATT
(1956)



~ COMEDIA TRÁGICA EN TRES ACTOS ~

Escrita en 1955

Título original: *Der Besuch der alten Dame*

Estreno mundial: Schauspielhaus de Zurich, el 29 de enero de 1956

PERSONAJES

Los visitantes

CLARA ZAJANASSIAN. Apellido de soltera: Wäscher. Multimillonaria (*Compañía Petrolífera Armenia*).
SUS MARIDOS VII-IX
EL MAYORDOMO
TOBY Y ROBY (Mascadores de chicle)
KOBY Y LOBY (Ciegos)

Los visitados (Los güllenses)

ELÍAS (Alfred Elías)
SU MUJER (Señora de Elías: Matilde)
SU HIJA
SU HIJO
EL ALCALDE
EL PASTOR PROTESTANTE
EL MAESTRO
EL MÉDICO
EL POLICÍA
CIUDADANO PRIMERO
CIUDADANO SEGUNDO
CIUDADANO TERCERO
CIUDADANO CUARTO
EL PINTOR
MUJER PRIMERA
MUJER SEGUNDA
LA SEÑORITA LUISA

Los demás

EL JEFE DE ESTACIÓN
EL JEFE DE TREN
EL REVISOR
EL ALGUACIL

Los importunos

PERIODISTA I
PERIODISTA II
LOCUTOR
OPERADOR

LUGAR: Güllen, un pueblo
TIEMPO: época actual
Pausa de descanso después del segundo acto

ACTO PRIMERO

Antes de que se alce el telón, se oye la campana de una estación de tren. Luego aparece un letrero: Güllen, sin duda el nombre del pueblo que se adivina al fondo del escenario, un lugar ruinoso, destartalado. El edificio de la estación también tiene un aspecto de terrible abandono, con o sin barreras según los usos del país, un horario de ferrocarriles semidestrozado en la pared, una herrumbrosa garita de señales y una puerta con el letrero: «Se prohíbe la entrada». Más allá, en el centro del escenario, la mísera calle de la estación, también insinuada. A la izquierda una pobre barraca desolada, tejado de ladrillos, carteles desgarrados en la pared sin ventanas, y los consabidos letreros, "Señoras" y "Caballeros", a la izquierda y derecha respectivamente. Todo bañado en un cálido sol otoñal. Frente a la casucha, un banco en el que hay cuatro hombres sentados. Un quinto, vestido tan andrajosamente como los del banco, escribe en una pancarta, con pintura roja, las palabras: «Bienvenida, Clarita», sin duda para un desfile. Se oye el estrépito atronador de un expreso que pasa a gran velocidad. Frente al edificio, el jefe de estación se cuadra. Los hombres sentados en el banco mueven la cabeza de izquierda a derecha, como siguiendo con la mirada el paso del expreso. El jefe de estación saluda con la mano.

CIUDADANO PRIMERO: El "Gudrun" Hamburgo-Nápoles.

CIUDADANO SEGUNDO: A las once y veintisiete pasa el Orlando Furioso, Venecia-Estocolmo.

CIUDADANO TERCERO: Lo único que nos queda aún: ver pasar trenes.

CIUDADANO CUARTO: Hace cinco años aún paraban en Güllen el "Gudrun" y el "Rolando", sin contar el "Diplomático", el "Lorelei" y todos los expresos de categoría.

CIUDADANO PRIMERO: De categoría mundial.

(Suena la campana).

CIUDADANO SEGUNDO: Y ahora no paran ni los trenes de cercanías. Sólo dos de Kaffigen y el de la una y trece, que viene de Kalberstadt.

CIUDADANO TERCERO: Es la ruina.

CIUDADANO CUARTO: Las empresas Wagner en quiebra.

CIUDADANO PRIMERO: Igual que la Bockmann.

CIUDADANO SEGUNDO: Y que la fundición.

CIUDADANO TERCERO: Todos viviendo del paro

CIUDADANO CUARTO: O de los comedores de caridad

CIUDADANO PRIMERO: ¿A eso lo llamas vivir?

CIUDADANO SEGUNDO: O vegetar.

CIUDADANO TERCERO: O consumirnos de asco.

CIUDADANO CUARTO: El pueblo entero.

(Ruido de un tren que pasa; el jefe de estación se cuadra. Los hombres siguen el paso del tren moviendo la cabeza de derecha a izquierda).

CIUDADANO CUARTO: El Diplomático.

CIUDADANO TERCERO: Y pensar que éramos un centro cultural.

CIUDADANO SEGUNDO: Uno de los primeros del país.

CIUDADANO PRIMERO: ¡Y de Europa!

CIUDADANO CUARTO: Goethe pernoctó aquí una vez. En la hostería «El apóstol dorado».

CIUDADANO TERCERO: Brahms compuso un cuarteto.

(Suena la campana).

CIUDADANO SEGUNDO: Y Berthold Schwarz inventó la pólvora.

EL PINTOR: Y yo mismo, que terminé brillantemente Bellas Artes, para verme ahora pintando pancartas...

CIUDADANO SEGUNDO: Ya era hora de que llegara esa millonaria. Dicen que ha donado un hospital en Kalberstadt.

CIUDADANO TERCERO: Y una casa cuna en Kaffigen, y una iglesia en la capital.

EL PINTOR: Y ha encargado un retrato a ese pintamonas naturalista de Zimt.

CIUDADANO PRIMERO: ¡Con la pasta que tiene! ¡Si es dueña de la Compañía Petrolífera Armenia, los Ferrocarriles del Pacífico, las minas de plata panamericanas y el barrio chino de Saigón, por no citar más de lo que tiene...

(Ruido de un tren que se acerca. Por la izquierda aparece un revisor, caminando como si acabara de saltar del tren).

EL REVISOR *(alargando el grito)*: ¡Güllen!

CIUDADANO PRIMERO: El tren de cercanías de Kaffigen.

(Baja un pasajero que, entrando por la izquierda, pasa ante los hombres sentados en el banco y desaparece tras la puerta en la que se lee: «Caballeros»).

CIUDADANO SEGUNDO: El alguacil.

CIUDADANO TERCERO: Viene a embargar el ayuntamiento.

CIUDADANO CUARTO: Eso pasa porque en política tampoco pintamos nada.

(El jefe de estación da la señal de partida y el tren se pone en marcha. Desde el pueblo llegan el alcalde, el maestro, el pastor y Elías, un hombre de unos sesenta y cinco años, todos pobremente vestidos).

EL ALCALDE: Nuestra distinguida huésped llegará en el tren de cercanías de la una y trece, procedente de Kalberstadt.

EL MAESTRO: Cantará el coro mixto de la Agrupación Juvenil.

EL PASTOR: Sonará la campana de incendios, que aún no está empeñada.

EL ALCALDE: La banda municipal tocará en la plaza del mercado, y el club gimnástico levantará una pirámide humana en honor de la millonaria. Luego habrá un banquete en «El apóstol dorado». Lástima que los fondos no den para iluminar la catedral y el Ayuntamiento por la noche.

EL ALGUACIL *(saliendo de los lavabos)*: Buenos días, señor alcalde.

ALCALDE: ¿Qué se le ha perdido por la ciudad?

EL ALGUACIL: Bien lo sabe usted, señor alcalde! Me ha tocado en suerte una penosa labor. Embargar toda una ciudad.

EL ALCALDE: Fuera de una máquina de escribir vieja, no encontrará nada en el ayuntamiento.

EL ALGUACIL: El señor alcalde se olvida del Museo Regional de Güllen.

EL ALCALDE: Se vendió hace tres años a un americano. La caja está vacía. Nadie paga impuestos.

EL ALGUACIL: Me permitirá que haga mis averiguaciones. Es incomprensible. Toda la nación prospera y es precisamente Güllen, con sus magníficas fundiciones, la que se arruina.

EL ALCALDE: Nos encontramos ante un enigma económico.

CIUDADANO PRIMERO: Todo es un montaje de los masones.

CIUDADANO SEGUNDO: Tramado por los judíos.

CIUDADANO TERCERO: Tras el cual acechan las altas finanzas.

CIUDADANO CUARTO: Y el comunismo internacional mueve sus hilos.

(Suena la campana).

EL ALGUACIL: Algo habrá. Eso es cosa mía. Tengo ojos de lince. Echaré un vistazo a las arcas municipales, por si acaso. *(Sale)*.

EL ALCALDE: Mejor que nos desvalije ahora y no después de la visita de la millonaria. *(El pintor termina y enseña su pancarta)*.

ELÍAS: Esto no puede ser, señor alcalde, el texto resulta demasiado íntimo. Habría que poner solamente: «Bienvenida Clara Zajanassian».

CIUDADANO PRIMERO: Pero si se trata de Clarita.

CIUDADANO SEGUNDO: Clarita Wäscher.

CIUDADANO TERCERO: Que creció aquí.

CIUDADANO CUARTO: Su padre era albañil.

EL PINTOR: En ese caso escribiré simplemente: «Bienvenida Clara Zajanassian» al otro lado. Si la millonaria se emociona, siempre podremos girar la pancarta.

CIUDADANO SEGUNDO: El Rolando, Zurich-Hamburgo.

(Pasa un nuevo expreso de derecha a izquierda).

CIUDADANO TERCERO: Siempre puntual. Sirve para poner a hora el reloj.

CIUDADANO CUARTO: ¡Ja! ¿Cuál de nosotros conserva aún su reloj?

EL ALCALDE: Caballeros, esa millonaria es nuestra única esperanza.

EL PASTOR: Aparte de Dios.

EL ALCALDE: Aparte de Dios.

EL MAESTRO: Pero Él no paga.

EL PINTOR: Nos ha olvidado.

(El ciudadano cuarto escupe).

EL ALCALDE Todo está en sus manos, señor Elías. Usted era muy amigo de Clara.

EL PASTOR: Pero acabaron separándose. A mis oídos llegaron ciertas habladurías... ¿tiene algo que confesar a su pastor, Elías?

ELÍAS: Éramos más que buenos amigos, jóvenes y ardientes; después de todo, yo era un buen mozo hace cuarenta y cinco años, caballeros, y a ella, Clara, aún me parece verla brillar en la penumbra del granero de Peter, o caminar descalza por el bosque de Konradsweller entre el musgo y la hojarasca, los rojos cabellos ondeando al viento, flexible y esbelta como un junco, delicada, condenadamente hermosa. Pero la vida nos separó, sólo la vida, como suele ocurrir.

EL ALCALDE: Me harían falta unos cuantos detalles sobre la señora Zajanassian para mis palabras de bienvenida en el banquete de «El apóstol dorado». *(Saca una libreta de apuntes del bolsillo).*

EL MAESTRO: He estado mirando los viejos registros escolares. Las notas de Clara Wäscher son, por desgracia, muy, pero muy malas. Y también su conducta. Sólo dos aprobados en botánica y zoología.

EL ALCALDE *(anotando)*: Estupendo. Aprobados en botánica y zoología. Muy bien.

ELÍAS: En esto sí puedo ayudar al alcalde. Clara amaba la justicia. Segurísimo. Un día arrestaron a un vagabundo y ella le tiró piedras al policía.

EL ALCALDE: Amor a la justicia. No está mal. Siempre es eficaz. Aunque mejor pasemos por alto la historia con el policía.

ELÍAS: También era altruista. Repartía lo que tenía, una vez robó patatas para una pobre viuda.

EL ALCALDE: Tendencia al altruismo. Esto, caballeros, debo mencionarlo de todas maneras. Es lo más importante. ¿Recuerda alguien algún edificio construido por su padre? Sería un detalle conmovedor.

EL PINTOR: Nadie.

CIUDADANO PRIMERO: Dicen que era un borrachín.

CIUDADANO SEGUNDO: La vieja lo despachó de casa.

CIUDADANO TERCERO: Y murió en el manicomio.

(El ciudadano cuarto vuelve a escupir).

EL ALCALDE *(cerrando su libreta de apuntes)*: Yo, por mi parte, estoy preparado... el resto es cosa del señor Elías.

ELÍAS: Ya lo sé. Que la Zajanassian afloje unos cuantos millones.

EL ALCALDE: Millones... ésa es la valoración adecuada, unos cuantos millones...

EL MAESTRO: Pero siempre en metálico. Construir una casa cuna, por ejemplo, no nos soluciona nada.

EL ALCALDE: Mi estimado Elías, hace tiempo que es usted la persona más popular de Güllen. Yo pienso retirarme en primavera y ya he hablado con los miembros de la oposición para que usted sea mi sucesor como alcalde.

ELÍAS: Pero señor alcalde...

EL MAESTRO: Puedo confirmarle la noticia.

ELÍAS: Señores, vayamos al grano. Primero me gustaría hablar con Clara sobre la miserable situación de la ciudad.

EL PASTOR: Pero hágalo muy delicadamente.

ELÍAS: Hemos de actuar con inteligencia y astucia psicológica. Un recibimiento fallido en la estación podría dar al traste con todo. La banda municipal y el coro mixto me parecen poca cosa.

EL ALCALDE: Elías tiene razón. Después de todo, estamos ante un momento importantísimo. La señora Zajanassian pisa de nuevo su ciudad natal con emoción, con lágrimas en los ojos; vuelve a ver cosas familiares, íntimas. Claro, que yo no iré en mangas de camisa como ahora, sino con un traje negro, solemne, con sombrero de copa, al lado de mi esposa y precedido por mis dos nietecitas vestidas de blanco, con ramos de rosas. ¡Dios mío, ojalá todo salga bien y pueda hacerse a tiempo!

(Suena la campana).

CIUDADANO PRIMERO: El Orlando Furioso.

CIUDADANO SEGUNDO: El rápido Venecia-Estocolmo, once y veintisiete.

EL PASTOR: ¡Las once y veintisiete! Aún tenemos casi dos horas para ponernos elegantes.

EL ALCALDE: Kühn y Hauser levantarán la pancarta con la inscripción «Bienvenida Claire Zajanassian». *(Señala al ciudadano cuarto)*. Los otros será mejor que agiten los sombreros. Pero, por favor, no griten como el año pasado ante la comisión del gobierno, el efecto fue nulo y hasta ahora no hemos recibido la subvención. Lo apropiado no es una alegría desbordante, sino una alegría íntima, casi con llanto, compartiendo la emoción de la hija pródiga que vuelve a su patria. En fin, sean naturales y dejen traslucir la cordialidad que nos llena; sobre todo, mucha cordialidad. No lo olviden. Otra cosa: que todo funcione como está previsto. Nada más terminar el himno del coro mixto, ha de comenzar la campana. Ante todo, he de hacer hincapié en que...

(El estrépito del tren que se acerca vuelve incomprensibles sus palabras. Rechinar de frenos. En todas las caras se advierte un desconcierto total. Los cinco hombres sentados en el banco se incorporan de un salto).

EL PINTOR: ¡El rápido! ¡Se está parando! ¡El Orlando Furioso parándose aquí...!

CIUDADANO PRIMERO: ¡¡Se detiene!!

CIUDADANO SEGUNDO: ¡En Güllen!

CIUDADANO TERCERO: ¡En el más miserable...

CIUDADANO CUARTO: ... asqueroso...

CIUDADANO PRIMERO: ... y horrible pueblucho del trayecto Venecia-Estocolmo!

EL JEFE DE ESTACIÓN: Las leyes de la naturaleza están desquiciadas. El Orlando Furioso debería aparecer por la Curva de Leuthenau, pasar como una bala y desaparecer como un punto negro en dirección a Pückerried.

(Por la derecha entra Clara Zajanassian, sesenta y dos años, pelirroja, un collar de perlas, enormes pulseras de oro, vestida exageradamente con un gusto atroz, aunque quizá por eso mismo como una dama mundana, no exenta de cierta gracia pese a todo lo grotesco. Detrás de ella aparece su séquito: el mayordomo Bobby -unos ochenta años y gafas de sol-; su marido VII -alto, esbelto, bigote negro-, con equipo completo de pescador, y el jefe de tren, agitadoísimo, con una gorra roja, que entra el último).

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Estoy en Güllen?

EL JEFE DE TREN: ¡Ha tirado usted del freno de emergencia, madame!

CLARA ZAJANASSIAN: Siempre lo hago.

EL JEFE DE TREN: ¡Protesto enérgicamente! Nunca se tira del freno de emergencia en este país, aunque se produzca una emergencia. La puntualidad es el primero de nuestros principios. ¿Me va a dar una explicación?

CLARA ZAJANASSIAN: Claro que estoy en Gullen, Moby. Reconozco este triste pueblucho. Allí está el bosque de Konradsweller con el arroyo donde podrás pescar truchas y lucios, y a la derecha, el tejado del granero de Peter.

ELÍAS (*como despertando*): Clara.

EL MAESTRO: La Zajanassian.

TODOS: La Zajanassian.

EL MAESTRO: ¡Y el coro mixto no está preparado! ¡La Agrupación Juvenil!

EL ALCALDE: ¡Los gimnastas artísticos! ¡El cuerpo de bomberos!

EL PASTOR: ¡El monaguillo!

EL ALCALDE: ¿Dónde está mi chaqueta? ¡Maldita sea! El sombrero de copa, rápido. Y mis nietos.

CIUDADANO PRIMERO: ¡Clarita Wäscher! ¡Clarita Wäscher! (*Sale disparado en dirección al pueblo*).

EL ALCALDE (*gritándole*): ¡Y no te olvides de mi mujer!

EL JEFE DE TREN: Señora, aún estoy esperando una aclaración. Por razones de servicio. En nombre de la dirección de los ferrocarriles.

CLARA ZAJANASSIAN: ¡No sea imbécil! ¿No ve que quiero visitar la ciudad? No me iba a tirar por la ventanilla.

JEFE DE TREN: ¿Quiere decir que ha tirado de la alarma solo por el capricho de visitar Gullen? (*El jefe de tran no sabe qué pensar.*)

CLARA ZAJANASSIAN: Naturalmente.

JEFE DE TREN: Muy señora mía, si usted quería visitar Gullen, no tenía más que haber esperado en Kalberstadt el correo de las doce y cuarenta, como todo el mundo. Llegada a Gullen, a la una y trece.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Ese cacharro que se va parando en cada estación? ¿Pretende usted que me tire media hora contemplando este condenado paisaje?

JEFE DE TREN: Esto le va a salir muy caro.

CLARA ZAJANASSIAN: Dale mil dólares, Bobby.

TODOS (*En un susurro.*): ¡Mil dólares! (*El mayordomo entrega el dinero al jefe de tren.*)

JEFE DE TREN (*Sin saber a qué atenerse.*): Madame...

CLARA ZAJANASSIAN: Y otros tres mil para la Fundación de Viudas de Ferroviarios.

TODOS: ¡Tres mil!

(*El mayordomo le entrega el dinero.*)

JEFE DE TREN: Pero esa fundación no existe, Madame...

CLARA ZAJANASSIAN: No importa. Fúndela usted.

(*El alcalde habla al oído al jefe del tren.*)

EL JEFE DE TREN (*estupefacto*): ¿La señora es... Clara Zajanassian? Oh, perdón, perdón... Eso lo cambia todo, señora. Por supuesto que habríamos parado en Gullen de haber tenido la menor sospecha... Permítame devolverle su dinero, señora... cuatro mil... ¡Dios mío!

TODOS (*en un murmullo*): ¡Cuatro mil!

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Quédese con ellos! ¡Si es una pequeñez!

TODOS (*en un murmullo*): ¡Una pequeñez!

EL JEFE DE TREN: ¿Desea la señora que el tren la espere mientras visita Gullen? La dirección de los ferrocarriles aprobará con sumo agrado esta iniciativa. El pórtico de la catedral parece digno de verse. Gótico. Con un Juicio Final.

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Lárguese ahora mismo con su tren!

MARIDO VII (*con voz llorosa*): Pero... Mausí... los de la prensa todavía no han bajado. Los reporteros están comiendo allí delante, en el vagón restaurante, y no sospechan nada.

CLARA ZAJANASSIAN: Que sigan comiendo, Moby. Por ahora no necesito hombres de prensa en Gullen. Ya aparecerán más tarde.

(Mientras, el ciudadano segundo le ha traído su levita al alcalde, que se dirige hacia Clara Zajanassian con paso solemne. De pie sobre el banco, el pintor y el ciudadano cuarto levantan la pancarta con la inscripción: «Bienvenida Claire Zachanassi...». El pintor no ha llegado a terminarla. El jefe de estación da la señal de partida).

EL JEFE DE TREN: Espero que la señora no presente una queja ante la dirección de los ferrocarriles. Ha sido un simple malentendido. *(El tren se pone en marcha y el jefe de tren se sube de un salto).*

EL ALCALDE: Honorabilísima señora. En mi condición de alcalde de Güllen es para mí un honor poder saludarla como hija de nuestra ciudad... *(El estrépito del tren que se aleja impide oír el resto del discurso, que el alcalde sigue pronunciando imperturbablemente).*

CLARA ZAJANASSIAN: Gracias por su hermoso discurso, señor alcalde. *(Se dirige hacia Elías, que, algo desconcertado, sale a su encuentro).*

ELÍAS: ¡Clara!

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Alfred!

ELÍAS: ¡Qué bien que hayas vuelto!

CLARA ZAJANASSIAN: Siempre lo deseé, desde que me fui de Güllen.

ELÍAS *(inseguro)*: Muy entrañable de tu parte.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿También tú has pensado en mí?

ELÍAS: Por supuesto. Siempre. Y tú lo sabes, Clara.

CLARA ZAJANASSIAN: Fueron maravillosos todos esos días que pasamos juntos.

ELÍAS *(orgullosa)*: Así es. *(En aparte al maestro)*: Ya lo ve, señor maestro, la tengo en el bolsillo.

CLARA ZAJANASSIAN: Llámame como siempre me llamabas.

ELÍAS: ¡Mi gatita salvaje!

CLARA ZAJANASSIAN *(ronroneando como una gata vieja)*: ¿Y qué más?

ELÍAS: ¡Mi brujita hechicera!

CLARA ZAJANASSIAN: Y yo te llamaba: ¡mi pantera negra!

ELÍAS: Aún lo soy.

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Qué va! Estás lleno de canas, has echado tripa y tienes nariz de borrachucio.

ELÍAS: Pero tú sigues siendo la misma, brujita hechicera.

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Qué dices! También yo estoy vieja y gorda. Y además perdí la pierna izquierda en un accidente de coche. Ya sólo viajo en tren expreso. Pero la prótesis es fabulosa ¿no te parece? *(Se levanta la falda y le muestra su pierna izquierda)*. Puedo moverla muy bien.

ELÍAS *(secándose el sudor)*: Jamás me hubiera dado cuenta, gatita salvaje.

CLARA ZAJANASSIAN: Ven que te presente a mi séptimo marido, Alfred. Posee plantaciones de tabaco. Somos un matrimonio feliz.

ELÍAS: Encantado.

CLARA ZAJANASSIAN: Ven, Moby, haz una venia. En realidad se llama Pedro, pero Moby es más bonito. Además rima mejor con Bobby, que es el nombre de mi mayordomo. Un mayordomo es para toda la vida, por eso los maridos deben adaptar su nombre al de él.

(El marido VII hace una venia).

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Verdad que es guapo con su bigotito negro? ¡Piensa, Moby!

(El marido VII adopta un aire pensativo).

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Más intensamente!

(El marido VII piensa más intensamente).

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Un poco más todavía!

MARIDO VII: Pero es que no puedo pensar más intensamente, Mausí, te juro que no puedo.

CLARA ZAJANASSIAN: Claro que puedes. ¡Inténtalo, venga!

(El marido VII piensa más intensamente todavía. Suena la campana).

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Ves como puedes? Mira, Elías. ¿No le encuentras un algo demoníaco? Parece un brasileño, aunque las apariencias engañan. Es un griego ortodoxo, hijo de padre ruso. Quise que nos casase un pope. Interesantísimo. Bien, ahora me gustaría echar un vistazo a Güllen. *(Se pone los impertinentes, incrustados de piedras preciosas, y contempla los lavabos.)* ¡Mira, Moby! Los construyó mi padre. Un trabajo de primera calidad, como todo lo suyo. De niña me solía sentar en el tejado durante horas enteras para escupir a los que entraban. Pero solo escupía a los hombres, a decir la verdad.

(Mientras tanto ha llegado el coro mixto, agrupado en el fondo. El maestro se adelanta, sombrero de copa en mano.)

EL MAESTRO: Ilustre señora, como director del Instituto de Güllen y amante de la noble señora Música le ruego se digne escuchar una modesta canción popular, interpretada por el coro mixto y la Agrupación Juvenil.

CLARA ZAJANASSIAN: Venga, maestro, empiece de una vez con su modesta canción popular.

(El maestro saca un diapasón y da el tono; el coro mixto y la Agrupación Juvenil empiezan a cantar solemnemente, pero en ese momento llega un nuevo tren por la izquierda. El jefe de estación se cuadra. El coro debe luchar con el estrépito del tren y la desesperación del maestro, hasta que por fin pasa el convoy).

EL ALCALDE *(inconsolable)*: ¡La campana de incendios! ¡Habría que tocar la campana de incendios!

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Muy bien cantada, muchachos de Güllen! Sobre todo el bajo rubio de la izquierda, el de la gran manzana de Adán, tiene una voz muy peculiar.

(A través del coro mixto se abre paso un policía que se cuadra al llegar ante Clara Zajanassian).

EL POLICÍA: Sargento Hahncke, señora. Estoy a sus órdenes.

CLARA ZAJANASSIAN *(examinándolo)*: Gracias. No quiero arrestar a nadie. Aunque quizá Güllen lo necesite. ¿Hace usted a veces la vista gorda, sargento?

EL POLICÍA: Por supuesto, señora. Si no ¿qué sería de mí en Güllen?

CLARA ZAJANASSIAN: Pues mejor cierre los ojos.

(El policía se queda algo perplejo).

ELÍAS *(riéndose)*: ¡Una salida típica de Clara! ¡Ésta sí que es muy de mi brujita! *(Se palmea los muslos, satisfecho).*

(El alcalde se pone el sombrero de copa del maestro y presenta a sus dos nietas. Mellizas, siete años, trenzas rubias).

EL ALCALDE: Mis nietas, señora, Hermine y Adolfine. Sólo falta mi esposa. *(Se seca el sudor de la frente).*

(Las niñas hacen una reverencia y entregan un ramo de rosas rojas a la Zajanassian).

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Lo felicito por las dos crías, alcalde! ¡Tenga! *(Le pasa las rosas al jefe de estación).*

(El alcalde entrega disimuladamente el sombrero de copa al pastor, que se lo pone).

EL ALCALDE: Nuestro pastor, señora.

(El pastor se quita el sombrero y hace una reverencia).

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Ah, el pastor! ¿Suele consolar usted a los moribundos?

EL PASTOR (*sorprendido*): Hago lo que puedo.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿También a los condenados a muerte?

EL PASTOR (*confuso*): La pena de muerte ha sido abolida en nuestro país, señora.

CLARA ZAJANASSIAN: Pero quizá vuelvan a implantarla.

(Un tanto consternado, el pastor devuelve el sombrero al alcalde, que se lo pone de nuevo. A través de la multitud se abre paso el EL MÉDICO Nüsslin: cincuenta años, pequeño, con bigote y despeinado. Tiene la cara cruzada por algunas cicatrices y lleva un frac muy viejo.)

EL MÉDICO: Me parece que todavía llego a tiempo...

EL ALCALDE: El EL MÉDICO Nüsslin, nuestro médico.

CLARA ZAJANASSIAN: Muy interesante. ¿Extiende usted partidas de defunción?

EL MÉDICO: ¿Partidas de defunción?

CLARA ZAJANASSIAN: Cuando muere alguien.

EL MÉDICO: Por supuesto.

CLARA ZAJANASSIAN: Pues en el futuro diagnosticará un paro cardíaco.

ELÍAS (*riéndose*): ¡Gatita salvaje! ¡Qué chistes tan desenfadados los que haces!

CLARA ZAJANASSIAN: Y ahora quiero ir al pueblo.

(El alcalde intenta darle el brazo).

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Cómo se le ocurre, alcalde? No voy a caminar varias millas con mi prótesis.

EL ALCALDE (*asustado*): ¡Claro que no! ¡Claro que no! El doctor Nüsslin tiene coche.

EL MÉDICO: Un Mercedes del año 32, señora.

CLARA ZAJANASSIAN: No hace falta. Desde mi accidente sólo me desplazo en litera. ¡Roby y Toby, traedla!

(Por la izquierda entran dos monstruos hercúleos mascando chicle y cargados con una litera. Uno de ellos lleva además una guitarra a la espalda).

CLARA ZAJANASSIAN: Dos gánsters de Manhattan, condenados a la silla eléctrica en la cárcel de Sing-Sing. Por intercesión mía fueron indultados y liberados para trabajar como cargadores de litera. Cada indulto me costó un millón de dólares. La litera procede del Louvre y es un regalo del presidente francés, un señor muy simpático, que es exactamente tal como aparece en los periódicos. ¡Llebadme a la ciudad, Roby y Toby!

LOS DOS: Yes, Mam.

CLARA ZAJANASSIAN: Pero antes al granero de Peter y al bosque de Konradswailer. Quiero visitar con Alfred los lugares de nuestro viejo amor. Mientras, llevad el equipaje y el ataúd a «El apóstol dorado».

EL ALCALDE (*estupefacto*): ¿El ataúd?

CLARA ZAJANASSIAN: Sí, he traído uno, tal vez lo necesite. ¡Vamos, Roby y Toby!

(Los dos monstruos masticadores de chicle llevan a Clara Zajanassian al pueblo. A una señal del alcalde, todos prorrumpen en vivas que, claro está, disminuyen cuando, ante la perplejidad general, aparecen dos criados cargando un lujoso ataúd negro en dirección a Güllen. Pero en ese instante empieza a sonar la campana de incendios, que aún no ha sido empuñada).

EL ALCALDE: ¡Por fin la campana de incendios!

(La población forma séquito detrás del ataúd, que es seguido por las criadas de Clara Zajanassian con las maletas y una gran cantidad de baúles cargados por gente de Güllen. El policía dirige el tránsito e intenta

sumarse al cortejo, pero por la derecha entran dos hombrecitos gordos y viejos, cogidos de la mano e impecablemente vestidos, que hablan en voz muy baja).

LOS DOS: Estamos en Güllen. Lo olemos, lo olemos, lo olemos en el aire, en el aire de Güllen.

EL POLICÍA: ¿Y vosotros quiénes sois?

LOS DOS: Perteneceemos a la vieja dama, perteneceemos a la vieja dama. Ella nos llama Koby y Loby.

EL POLICÍA: La señora Zajanassian se aloja en «El apóstol dorado».

LOS DOS (*alegres*): Somos ciegos, somos ciegos.

EL POLICÍA: ¿Ciegos? Pues ya os acompaño hasta allí.

LOS DOS: Gracias, señor policía, muchísimas gracias.

EL POLICÍA (*asombrado*): ¿Y cómo sabéis que soy policía, si sois ciegos?

LOS DOS: Por la entonación, por la entonación; todos los policías tienen la misma entonación.

EL POLICÍA (*desconfiado*): Me parece que habéis tenido ya experiencias con la policía ¿eh, hombrecillos?

LOS DOS (*asombrados*): ¡Hombres, nos toma por hombres!

EL POLICÍA: ¿Qué diablos sois entonces?

LOS DOS: ¡Ya se dará cuenta, ya se dará cuenta!

EL POLICÍA (*desconcertado*): Bueno, al menos no perdéis el buen humor.

LOS DOS: Nos dan chuletas y jamón. Todos los días, todos los días.

EL POLICÍA: Así también yo bailarías. Venga, dadme la mano. ¡Qué humor tan extraño el de estos forasteros! (*El policía se dirige a la ciudad con una ciego de cada mano*).

LOS DOS: ¡A ver a Bobby y Moby, a Roby y Toby!

(La escena cambia sin que caiga el telón. Las fachadas de la estación y La casucha suben y desaparecen en lo alto. Interior de «El apóstol dorado». Desde arriba se puede hacer bajar incluso una enseña que represente un venerable apóstol dorado, un emblema que quede suspendido en el centro del espacio. Lujo venido a menos. Todo desgastado, polvoriento, deshecho, maloliente, el yeso cuarteado. El alcalde, el pastor y el maestro beben aguardiente, sentados en primer plano, a la derecha, y observan la incesante procesión de maletas y baúles que los espectadores tienen que imaginarse en la sala).

EL ALCALDE: Maletas y más maletas.

EL PASTOR: Montones. Y hace un momento subieron una pantera en una jaula.

EL ALCALDE: Un animal negro y feroz.

EL PASTOR: Y el ataúd.

EL ALCALDE: Lo han instalado en una habitación especial.

EL MAESTRO: Muy extraño.

EL PASTOR: Estas mujeres de fama mundial tienen sus manías.

EL ALCALDE: Y unas criadas preciosas.

EL MAESTRO: Parece dispuesta a quedarse aquí un buen tiempo.

EL ALCALDE: Tanto mejor. Elías se la ha metido en el bolsillo. La ha llamado “gatita salvaje”, “brujita hechicera”, le sacará millones. ¡A su salud, maestro! ¡Y porque Clara Zajanassian reflote Bockmann!

EL MAESTRO: Y las empresas Wagner.

EL ALCALDE: Y la fundición. Si ésta se reactiva, todo volverá a reactivarse: la parroquia, el instituto, el bienestar público.

(Hacen un brindis).

EL MAESTRO: Llevo más de veinte años corrigiendo las tareas de latín y griego de los estudiantes de Güllen, pero el significado de la palabra «horror», señor alcalde, acabo de aprenderlo hace una hora. Fue realmente horrible ver bajar del tren a esa vieja dama, toda vestida de negro. Parecía una Parca, una diosa griega del destino. Debería llamarse Cloto, no Clara, uno se la imagina perfectamente hilando vidas humanas.

(Entra el policía y cuelga su gorra en un gancho).

EL ALCALDE: Siéntese con nosotros, jefe. *(El policía se sienta con ellos).*

EL POLICÍA: No es nada agradable trabajar en este pueblucho. Pero ahora florecerán las ruinas. Acabo de estar con la millonaria y el comerciante Elías en el granero de Peter. Una escena conmovedora. Los dos ensimismados como en una iglesia. Me incomodaba estar ahí. Y me alejé cuando ellos se dirigían al bosque de Konradsweiler. Una auténtica procesión: por delante iban dos ciegos gordos con el mayordomo, luego la litera y detrás Elías y el séptimo marido con sus cañas de pescar.

EL ALCALDE: Una devoradora de hombres. El marido no es más que otro mayordomo.

EL MAESTRO: Una segunda Lais.

EL PASTOR: Todos somos pecadores.

EL ALCALDE: Me pregunto qué buscarán en el bosque de Konradsweiler.

EL POLICÍA: Lo mismo que en el granero de Peter, señor alcalde. Están recorriendo los lugares donde hace años su pasión... ¿cómo se dice?

EL PASTOR: ¡Ardió!

EL MAESTRO: ¡En mil llamaradas! Esto me recuerda a Shakespeare, *Romeo y Julieta*. Caballeros: estoy conmovido. Por primera vez siento grandeza clásica en Gullen.

EL ALCALDE: Ante todo brindemos a la salud de nuestro buen Elías, que está haciendo lo imposible por mejorar nuestra suerte. ¡Caballeros, por el ciudadano más querido del pueblo! ¡Por mi sucesor!

(Brindan).

EL ALCALDE: ¡Otra vez maletas!

EL POLICÍA: ¡Vaya equipaje el que tiene!

(La insignia del apóstol desaparece en lo alto. Por la izquierda entran los cuatro ciudadanos con un banco de madera sencillo, sin respaldo, que colocan a la izquierda. El primero se sube al banco; lleva colgado al cuello un corazón de cartón con las letras A-K. Los demás forman a su alrededor un semicírculo y simulan árboles tras desplegar unas cuantas ramas).

CIUDADANO PRIMERO: Somos abetos, pinos, hayas.

CIUDADANO SEGUNDO: Somos abetos verde oscuro.

CIUDADANO TERCERO: Musgo y líquen, densa hiedra.

CIUDADANO CUARTO: Monte bajo, guarida de zorros.

CIUDADANO PRIMERO: Nubes de paso, cantar de pájaros.

CIUDADANO SEGUNDO: Auténtica selva germánica.

CIUDADANO TERCERO: Venados y tímidos corzos...

CIUDADANO CUARTO: Susurro de ramas, viejos sueños.

(Por el fondo entran los dos monstruos mascando chicle y llevando a Clara Zajanassian en su litera. Junto a ella, Elías; detrás, el marido VII, y al final de todo, el mayordomo con los dos ciegos de la mano).

CLARA ZAJANASSIAN: El bosque de Konradsweiler, Roby y Toby, deteneos.

LOS DOS CIEGOS: Deteneos, Roby y Toby; deteneos, Roby y Toby.

(Clara Zajanassian se baja de la litera y contempla el bosque).

CLARA ZAJANASSIAN: El corazón con tu nombre y el mío, Alfred. Casi ilegibles y separados. El árbol ha crecido, su tronco y sus ramas han engordado como nosotros dos. *(Se acerca a los otros árboles)*. Un grupo de árboles alemanes. Cuánto tiempo que no caminaba por el bosque de mi juventud, que no pisaba su follaje, entre la hiedra violácea. Daos una vuelta detrás de esos arbustos con vuestra litera, mascachicles, no me apetece ver vuestras carotas todo el tiempo. Y tú Moby, vete al arroyo, a la derecha, y mira un poco tus peces.

(Los dos monstruos salen por la izquierda llevándose la litera. El marido VII hace mutis por la derecha, Clara Zajanassian se sienta en el banco).

CLARA ZAJANASSIAN: Mira, un corzo.

(El ciudadano tercero se aleja dando saltos).

ELÍAS: Estamos en época de veda. *(Se sienta junto a ella).*

CLARA ZAJANASSIAN: En estas rocas nos besábamos hace cuarenta y cinco años. Nos amábamos bajo todos estos arbustos, bajo las hayas y entre los macizos, sobre el musgo, por todo el bosque. Yo tenía diecisiete años y tú apenas veinte. Después te casaste con Matilde y con su mercería y yo con el viejo Zajanassian y con sus miles de millones en Armenia. Me conoció en un burdel de Hamburgo, donde yo trabajaba. Mi pelo rojo fue lo que atrajo a aquel abejorro dorado.

ELÍAS: ¡Clara!

CLARA ZAJANASSIAN: Un Henry Clay, Boby.

LOS DOS CIEGOS: Un Henry Clay, un Henry Clay.

(El mayordomo se acerca desde el fondo del escenario, le ofrece un puro y le da fuego).

CLARA ZAJANASSIAN: Me encantan los puros. En realidad debería fumar los que fumaba mi marido, pero no me fío de ellos.

ELÍAS: Me casé con Matilde Blumhard por amor a ti.

CLARA ZAJANASSIAN: Ella tenía dinero y yo no.

ELÍAS: Pero tú eras joven y preciosa. El futuro te pertenecía. Yo quería tu felicidad y tuve que renunciar a la mía renunciando a ti. Se trataba de tu destino.

CLARA ZAJANASSIAN: Ahora ha llegado el destino.

ELÍAS: De haberte quedado aquí, estarías tan arruinada como yo.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Cómo? ¿Estás arruinado?

ELÍAS: Un tendero arruinado en un pueblo arruinado.

CLARA ZAJANASSIAN: Ahora yo tengo dinero.

ELÍAS: Vivo en un infierno desde que te fuiste de mi lado.

CLARA ZAJANASSIAN: Y yo me he convertido en el infierno.

ELÍAS: No paro de reñir con mi familia, que me reprocha a todas horas nuestra pobreza.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿No te hizo feliz Matildita?

ELÍAS: ¿Qué más da? Lo principal es que tú lo seas.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Y tus hijos?

ELÍAS: Viven sin ningún ideal.

CLARA ZAJANASSIAN: Ya se inventarán alguno.

(Elías no responde. Ambos contemplan fijamente el bosque de su juventud).

ELÍAS: Llevo una vida ridícula. Casi nunca he salido de este pueblo. Un viaje a Berlín y otro al Tesino, eso es todo.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Para qué más? Yo conozco todo el mundo.

ELÍAS: Porque has podido viajar siempre.

CLARA ZAJANASSIAN: Lo conozco porque me pertenece. *(Él calla y ella fuma).*

ELÍAS: Todo va a cambiar ahora.

CLARA ZAJANASSIAN: Desde luego.

ELÍAS *(expectante)*: ¿Piensas ayudarnos?

CLARA ZAJANASSIAN: No le daré la espalda al pueblo de mi juventud.

ELÍAS: Necesitamos millones.

CLARA ZAJANASSIAN: Eso no es nada.

ELÍAS *(entusiasmado)*: ¡Gatita salvaje! *(Le da una palmada en el muslo izquierdo en un arranque de emoción y retira bruscamente la mano, haciendo un gesto de dolor).*

CLARA ZAJANASSIAN: Duele. Le has dado a una de las bisagras de mi prótesis.

(El ciudadano primero se saca del bolsillo del pantalón una pipa vieja y una llave oxidada con la que golpea la pipa).

CLARA ZAJANASSIAN: Un pájaro carpintero.

ELÍAS: Sí, nada ha cambiado. Todo sigue igual que cuando éramos jóvenes y gozábamos de nuestro amor en este bosque. El sol sobre los árboles, como un disco de oro, los rebaños de nubes y el grito del cuco entre la espesura.

CIUDADANO CUARTO: ¡Cucú! ¡Cucú!

ELÍAS *(Palpa al ciudadano primero)*: Madera fría y viento entre las ramas, un rumor como el de la resaca del mar. Como antes, todo igual que antes.

(Los tres hombres que simulan los árboles resoplan y agitan los brazos de arriba abajo).

ELÍAS: ¡Si se pudiera abolir el tiempo, brujita mía! ¡Si la vida no nos hubiera separado!

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Es eso lo que deseas?

ELÍAS: Eso y nada más que eso. ¡Aún te amo! *(Le besa la mano derecha)*. La misma mano, blanca y fría.

CLARA ZAJANASSIAN: Error. También es una prótesis. De marfil.

ELÍAS *(soltando la mano, aterrado)*: Clara: ¿es que no tienes más que prótesis?

CLARA ZAJANASSIAN: Casi. Secuelas de un accidente aéreo en Afganistán. Fui la única en salir a rastras de entre los escombros. Tengo siete vidas.

LOS DOS CIEGOS: Tiene siete vidas, tiene siete vidas.

(Música de instrumentos de viento, interpretada con solemnidad. Vuelve a bajar la insignia del apóstol. Los güllenses empiezan a traer mesas cubiertas por manteles deshilachados. Cubertería, comida, una mesa en el centro, otra a la izquierda y otra a la derecha, dispuestas paralelamente al público. Por el fondo del escenario entra el pastor. Más habitantes entran en tropel, uno de ellos con una camiseta deportiva. Vuelven a aparecer el alcalde, el médico, el maestro y el policía. Los güllenses aplauden. El alcalde se dirige al banco en el que están sentados Clara Zajanassian y Elías; los árboles se han vuelto a convertir en habitantes y se retiran al fondo de la escena).

EL ALCALDE: La ovación es para usted, honorable señora.

CLARA ZAJANASSIAN: Es la banda municipal quien la merece, alcalde. Toca de maravilla, y hace un momento, la pirámide de la agrupación gimnástica fue extraordinaria.

(A una señal del alcalde, el gimnasta se presenta a los asistentes).

CLARA ZAJANASSIAN: Me gustan los hombres en camiseta y pantalones cortos. Se ven tan naturales... Vuelva a hacer el ejercicio. Haga girar los brazos hacia atrás, señor gimnasta, y luego empiece a hacer flexiones.

(El gimnasta sigue sus instrucciones).

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Magnífico! ¡Qué músculos! ¿Ha estrangulado alguna vez a alguien con esa fuerza que tiene?

(El gimnasta, totalmente perplejo, deja de hacer flexiones y cae de rodillas).

EL GIMNASTA: ¿Estrangulado?

ELÍAS *(riéndose)*: ¡Vaya humor el de Clara! ¡Si es para morir de risa!

EL MÉDICO: No sé, esas bromitas lo estremecen a uno hasta los tuétanos.

(El gimnasta vuelve al fondo de la escena).

EL ALCALDE: ¿Me permite acompañarla a la mesa? *(Conduce a Clara Zajanassian hasta la mesa del centro y le presenta a su mujer)*. Mi esposa.

CLARA ZAJANASSIAN *(contemplando a la esposa a través de sus impertinentes)*: Anita Dummermuth, la primera de nuestra clase.

(Elías va a buscar a su esposa para presentársela; se trata de una señora delgaducha y amargada).

CLARA ZAJANASSIAN: Matilde Blumhard, aún me acuerdo de Matilde. Me parece verla espiando a Elías por las cortinas de la tienda de su padre. ¡Te veo muy flaca y paliducha, querida!

ELÍAS *(con disimulo al alcalde y al médico)*: ¡Ha prometido millones!

EL ALCALDE *(respira hondo)*: ¿Millones?

ELÍAS: ¡Millones!

EL MÉDICO: ¡Vaya!

CLARA ZAJANASSIAN: Empiezo a tener hambre, alcalde.

EL ALCALDE: Sólo esperamos a su esposo, honorable señora.

CLARA ZAJANASSIAN: No tenemos por qué esperarlo. Se ha ido a pescar, y además pienso divorciarme.

EL ALCALDE: ¿Divorciarse?

CLARA ZAJANASSIAN: Moby también se sorprenderá. Me caso pronto con un actor de cine alemán.

EL ALCALDE: Pero si acaba de decir que era muy feliz en su matrimonio.

CLARA ZAJANASSIAN: Todos mis matrimonios han sido felices. Pero uno de mis sueños juveniles era casarme algún día en la catedral de Güllen. Y los sueños juveniles hay que realizarlos. Será una ceremonia solemne.

(Se sientan todos. Clara Zajanassian se instala entre el alcalde y Elías. Junto a este se sienta la señora Elías, y junto al alcalde, su mujer. A la derecha, sentados a otra mesa, el maestro, el pastor y el policía; a la izquierda, los cuatro ciudadanos. Los otros invitados de honor se instalan con sus esposas al fondo de la escena, donde brilla la pancarta: «Bienvenida Clarita». Antes de empezar, el alcalde, radiante de alegría y con la servilleta atada al cuello, se pone en pie y golpea su copa).

EL ALCALDE: Honorable señora, queridos güllenses: Han pasado ya cuarenta y cinco años desde que usted abandonara nuestro pueblo, este pueblo fundado por el príncipe Hasso el Noble, este pueblo maravillosamente asentado entre el bosque de Konradswweiler y la depresión de Pückenried. Cuarenta y cinco años... más de cuatro decenios, una ausencia muy larga. Durante ese tiempo, mal le ha ido al mundo y mal nos ha ido a nosotros. En medio de todas nuestras tribulaciones, señora... querida Clarita... *(Ovación.)* En medio de nuestras tribulaciones, jamás os hemos olvidado, querida Clarita. Ni a usted ni a vuestra querida y respetable familia. Vuestra madre, modelo de madres y con una salud de hierro... *(Elías susurra algo al oído de Clara.)*... que el destino nos arrebató tan pronto, víctima de la artera tuberculosis. Vuestro padre, tan conocido de todos, y cuyos edificios son la admiración de expertos y legos *(Elías vuelve a decirle algo al oído.)*... que levantó ese edificio de la estación que tanto atrae a todo el mundo. Ambos, señora, han quedado en nuestra memoria como los mejores entre nosotros. *(De nuevo Elías le susurra algo.)* ¿Y qué decir de usted, honorable señora? ¿Quién no conocía a esa chiquilla rubia *(Elías le susurra de nuevo)* —de rizos color zanahoria, quiero decir—, que correteaba por nuestras callejas lamentablemente tan deterioradas hoy en día? Ya por entonces apreciaban todos el encanto de su personalidad, intuían su ascenso a esas vertiginosas cumbres que ahora ocupa en el supremo escalón de la humanidad. *(Saca su libreta de apuntes)*. No ha sido usted olvidada, no. Se lo aseguro. Sus méritos en el colegio aún son mencionados como ejemplo por los maestros, pues era usted particularmente excepcional en las asignaturas más importante de todas, Botánica y Zoología, demostrando así su simpatía por todos los seres vivos, por todo el que necesitara protección. Su amor por la justicia y su espíritu caritativo despertaron ya por entonces la admiración de amplios sectores de nuestra sociedad. *(Gran ovación)*; pues nuestra Clarita proporcionaba alimento a una viuda pobre y anciana, comprándole patatas con propinas penosamente ganadas en casas del vecindario y salvándola así de morir de hambre, por citar sólo una de sus buenas obras. *(Gran ovación)*. Honorable señora, queridos conciudadanos, los tiernos brotes de tan afortunada personalidad se han desarrollado poderosamente, y aquella chiquilla de rizos rojos es hoy en día una gran dama que inunda al mundo con su filantropía;

bástenos recordar sus numerosas obras de interés social, sus hospitales de maternidad y sus comedores populares, sus programas de ayuda a los artistas y sus casas cuna. Por todo ello os quisiera pedir tres vivas en honor de la que ahora ha vuelto a su terruño: ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! (*Aplausos. Clara Zajanassian se pone de pie*).



CLARA ZAJANASSIAN: Alcalde, güllenses todos. Vuestra desinteresada alegría por mi visita me conmueve, aunque la verdad es que fui una chica algo distinta de la del discurso del alcalde. En el colegio me daban palizas, y aquellas patatas para la viuda Boll las robé con Elías no para salvar de la inanición a esa vieja alcahueta, sino para acostarme siquiera una vez con él en una cama donde estuviéramos más cómodos que en el bosque de Konradsweiler o en el granero de Peter. Sin embargo, y para contribuir también yo a vuestra alegría, quiero deciros ahora mismo que estoy dispuesta a regalar mil millones a Güllen. Quinientos millones para la ciudad y quinientos millones a repartir entre todas las familias. (*Silencio sepulcral*).

EL ALCALDE (*tartamudeando*): ¡Mil millones!

(*Todos siguen paralizados por el asombro*).

CLARA ZAJANASSIAN: Con una condición.

(Todos estallan en un júbilo indescriptible. Bailan, se ponen en pie sobre las sillas, el gimnasta hace varios números, etcétera. Elías, alucinado, tamborilea sobre su pecho).

ELÍAS: ¡Esta Clara vale su peso en oro! ¡Fabuloso! ¡Para no creérselo! ¡Mi brujita hechicera de siempre! *(La besa).*

EL ALCALDE: Con una condición, ha dicho la señora. ¿Puedo saber cuál es?

CLARA ZAJANASSIAN: Os diré mi condición. Os regalo mil millones, pero compro a cambio mi propia justicia. *(Silencio sepulcral).*

EL ALCALDE: ¿Cómo debo entender esto, honorable señora?

CLARA ZAJANASSIAN: Tal y como acabo de decirlo.

EL ALCALDE: Es que la justicia no puede comprarse.

CLARA ZAJANASSIAN: Todo puede comprarse.

EL ALCALDE: Sigo sin entender.

CLARA ZAJANASSIAN: Acércate, Bobby. *(El mayordomo se dirige por la derecha al centro del escenario, entre las tres mesas, y se quita las gafas de sol).*

EL MAYORDOMO: No sé si alguno de ustedes me reconoce.

EL MAESTRO: El juez Hofer.

EL MAYORDOMO: Así es. El juez Hofer. Hace cuarenta y cinco años fui juez de primera instancia en Güllen y luego pasé al tribunal de apelación de Kaffigen hasta que, hace ahora veinticinco años, la señora Zajanassian me ofreció el puesto de mayordomo a su servicio. Y yo acepté. Una carrera quizás algo extraña para un académico, pero los honorarios ofrecidos eran tan fabulosos que...

CLARA ZAJANASSIAN: Al grano, Bobby.

EL MAYORDOMO: Como acaban ustedes de oír, la señora Clara Zajanassian ofrece mil millones y pide, a cambio, justicia. En otras palabras: la señora Clara Zajanassian ofrece mil millones siempre y cuando se repare una injusticia cometida en Güllen contra su persona. Señor Elías, por favor, sería tan amable... *(Elías se levanta, pálido, asustado y sorprendido a la vez).*

ELÍAS: ¿Qué desea de mí?

EL MAYORDOMO: Acérquese, señor Elías.

ELÍAS: Por supuesto. *(Se instala ante la mesa de la derecha. Ríe extrañado y se encoge de hombros).*

EL MAYORDOMO: Corría el año 1910. Yo era juez de primera instancia en Güllen y tuve que pronunciarme sobre una acusación de paternidad. Clara Zajanassian, por entonces Clara Wäscher, lo acusó a usted, señor Elías, de ser el padre de su hija. *(Elías guarda silencio).* Aquella vez negó usted su paternidad, señor Elías. Y se presentó con dos testigos.

ELÍAS: Historias viejas. Yo era joven e imprudente.

CLARA ZAJANASSIAN: Toby y Roby, traed a Koby y a Loby. *(Los monstruos mascachicles conducen al centro de la escena a los dos eunucos ciegos, que van alegremente cogidos de la mano).*

LOS DOS: ¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos!

EL MAYORDOMO: ¿Reconoce usted a estos dos hombres, señor Elías? *(Elías guarda silencio).*

LOS DOS: Somos Koby y Loby, somos Koby y Loby.

ELÍAS: No los conozco.

LOS DOS: Hemos cambiado, hemos cambiado.

EL MAYORDOMO: Decid vuestros nombres.

EL PRIMERO: Jakob Hühnlein, Jakob Hühnlein.

EL SEGUNDO: Ludwig Sparr, Ludwig Sparr.

EL MAYORDOMO: ¿Qué, señor Elías? ¿No le dicen nada esos nombres?

ELÍAS: No sé quiénes son.

EL MAYORDOMO: Jakob Hühnlein y Ludwig Sparr ¿conocéis al señor Elías?

LOS DOS: Somos ciegos, somos ciegos.

EL MAYORDOMO: ¿Lo reconocéis por la voz?

LOS DOS: Por la voz, por la voz.

EL MAYORDOMO: En 1910 yo era el juez y vosotros fuisteis los testigos. ¿Qué jurasteis, Ludwig Sparr y Jakob Hühnlein, ante el tribunal de Güllen?

LOS DOS: Que nos habíamos acostado con Clara, que nos habíamos acostado con Clara.

EL MAYORDOMO: Lo jurasteis ante mí. Ante el tribunal, ante Dios. ¿Era verdad?

LOS DOS: Juramos en falso, juramos en falso.

EL MAYORDOMO: ¿Por qué, Ludwig Sparr y Jakob Hühnlein?

LOS DOS: Porque Elías nos sobornó, porque Elías nos sobornó.

EL MAYORDOMO: ¿Con qué?

LOS DOS: Con un litro de aguardiente, con un litro de aguardiente.

CLARA ZAJANASSIAN: Y ahora contad lo que hice con vosotros, Koby y Loby.

EL MAYORDOMO: Vamos, contadlo.

LOS DOS: La señora nos hizo buscar, la señora nos hizo buscar.

EL MAYORDOMO: Así es. Clara Zajanassian os mandó buscar por todo el mundo. Jakob Hühnlein había emigrado a Canadá, y Ludwig Sparr, a Australia. Pero ella dio con vosotros. ¿Qué os hizo luego?

LOS DOS: Nos entregó a Toby y a Roby. Nos entregó a Toby y a Roby.

EL MAYORDOMO: ¿Y qué hicieron Toby y Roby con vosotros?

LOS DOS: Nos castraron y nos arrancaron los ojos, nos castraron y nos arrancaron los ojos.

EL MAYORDOMO: Ésta es la historia: un juez, un acusado, dos testigos falsos y un error judicial en el año 1910. ¿No es así, demandante?

(Clara Zajanassian se pone en pie).

ELÍAS *(pateando el suelo)*: ¡Prescrito, todo eso ha prescrito! ¡Una absurda y vieja historia!

EL MAYORDOMO: ¿Qué ocurrió con la niña, demandante?

CLARA ZAJANASSIAN *(en voz baja)*: Vivió un año.

EL MAYORDOMO: ¿Qué ocurrió con usted?

CLARA ZAJANASSIAN: Me hice prostituta.

EL MAYORDOMO: ¿Por qué?

CLARA ZAJANASSIAN: El fallo del tribunal me obligó a ello.

EL MAYORDOMO: ¿Y ahora quiere usted justicia, Clara Zajanassian?

CLARA ZAJANASSIAN: Puedo pagármela. Mil millones para Güllen si alguien mata a Alfred Elías.

(Silencio sepulcral).

SEÑORA DE ELÍAS *(se precipita sobre Elías y lo abraza)*: ¡Fredí!

ELÍAS: ¡Brujita hechicera! ¡No puedes exigir algo semejante! ¡La vida siguió su curso!

CLARA ZAJANASSIAN: La vida siguió su curso, pero yo no he olvidado nada, Elías. Ni el bosque de Konradswweiler ni el granero de Peter, ni el dormitorio de la viuda Boll ni tu traición. Los dos hemos envejecido, tú en la ruina y yo despedazada por el bisturí de los cirujanos, y ahora quiero que arreglemos cuentas, los dos: tú elegiste tu vida y me obligaste a seguir la mía. Hace un momento quisiste abolir el tiempo en el bosque de nuestra juventud, donde todo era caducidad. Pues yo lo he abolido, y ahora quiero justicia, justicia por mil millones.

(El alcalde se levanta, pálido y digno).

EL ALCALDE: Señora Zajanassian: aún estamos en Europa, aún no somos paganos. En nombre de la ciudad de Güllen rechazo su oferta. En nombre de la humanidad. Antes morir de hambre que cubrirnos de sangre y de vergüenza.

(Enorme ovación).

CLARA ZAJANASSIAN: Esperaré.

ACTO SEGUNDO

La escena representa el pueblo, simplemente insinuado. Al fondo, el hotel «El apóstol dorado» visto por fuera. Fachada modernista venida a menos. Balcón. A la derecha, un letrero: «Alfred Elías. Comestibles y mercería ». Debajo hay un mostrador mugriento, y detrás de éste, unos anaqueles con productos viejas. Cuando alguien entra por la puerta imaginaria, se oye un débil campanillazo. A la izquierda se ve otro letrero: «Policía». Debajo, una mesa de madera y un teléfono. Dos sillas. Es de mañana. Roby y Toby entran por la izquierda mascando chicle y llevando flores y coronas al hotel como para un entierro. Elías los observa desde su ventana. Su hija está fregando el suelo, de rodillas. Su hijo se lleva un cigarrillo a la boca.

ELÍAS: Coronas de flores.

EL HIJO: Cada mañana las traen de la estación.

ELÍAS: Para el ataúd vacío de «El apóstol dorado».

EL HIJO: Eso no intimida a nadie.

ELÍAS: El pueblo entero está conmigo.

(El hijo enciende un cigarrillo).

ELÍAS: ¿Bajará a desayunar tu madre?

LA HIJA: Se quedará arriba. Dice que está cansada.

ELÍAS: Tenéis una buena madre, hijos míos. Debo decirlo. Una buena madre. Que se quede arriba. Es mejor que se cuide. Desayunaremos nosotros tres. Hace tiempo que no lo hacemos. Pondré una lata de jamón americano y unos huevos. Nos daremos un pequeño lujo. Como en los buenos tiempos, cuando aún funcionaba la fundición.

EL HIJO: Tendrás que disculparme. *(Apaga su cigarrillo).*

ELÍAS: ¿No quieres desayunar con nosotros, Karl?

EL HIJO: Me voy a la estación. Se ha enfermado un obrero. Quizá necesiten un sustituto.

ELÍAS: Trabajar como peón ferroviario, bajo un sol abrasador no es una ocupación para mi hijo.

EL HIJO: Mejor eso que nada. *(Sale).*

LA HIJA *(levantándose)*: Yo también me voy, papá.

ELÍAS: ¿También tú? Ajá. ¿Y adónde va mi señorita hija, si no es indiscreción?

LA HIJA: A la oficina de empleo. Tal vez haya algo. *(Sale).*

ELÍAS *(conmovido, estornuda en su pañuelo)*: Buenos hijos, estupendos muchachos.

(Desde el balcón llegan los acordes de una guitarra).

LA VOZ DE CLARA ZAJANASSIAN: Alcánzame mi pierna izquierda, Bobby.

LA VOZ DEL MAYORDOMO: No la encuentro.

LA VOZ DE CLARA ZAJANASSIAN: Está sobre la cómoda, detrás de las flores que me han enviado por mi compromiso.

(Entra el primer cliente en la tienda de Elías. El ciudadano primero).

ELÍAS: Buenos días, Hofbauer.

CIUDADANO PRIMERO: Cigarrillos.

ELÍAS: ¿Los de siempre?

CIUDADANO PRIMERO: No, de éstos no, quisiera de los verdes.

ELÍAS: Son más caros.

CIUDADANO PRIMERO: Apúntelo en mi cuenta.

ELÍAS: Sólo por tratarse de usted, Hofbauer, y porque hemos de mantenernos unidos.

CIUDADANO PRIMERO: Alguien está tocando la guitarra.

ELÍAS: Uno de los gánsters de Sing-Sing.

(Del hotel salen los dos ciegos, llevando cañas y otros utensilios de pesca).

LOS DOS: Muy buenos días, Alfred, muy buenos días.

ELÍAS: Iros al diablo.

LOS DOS: Vamos a pescar, vamos a pescar. *(Salen por la izquierda).*

CIUDADANO PRIMERO: Se van al arroyo de Güllen.

ELÍAS: Con las cañas de pescar del séptimo marido.

CIUDADANO PRIMERO: Que al parecer perdió sus plantaciones de tabaco.

ELÍAS: También son de la millonaria.

CIUDADANO PRIMERO: Dicen que las bodas con el octavo serán algo extraordinario. Ayer se celebró el compromiso.

(Clara Zajanassian se asoma al balcón del fondo, envuelta en una bata. Mueve la mano derecha y la pierna izquierda. Toda esta escena en El balcón puede tener acompañamiento de guitarra punteada, un poco como el recitativo de una ópera, según el sentido del texto: ora vales, ora fragmentos de himnos nacionales, etc).

CLARA ZAJANASSIAN: Ya estoy otra vez montada. La melodía popular armenia, Roby.

(Suena una melodía en la guitarra).

CLARA ZAJANASSIAN: La pieza preferida de Zajanassian. Quería oírla siempre. Cada mañana. Era un hombre de gustos clásicos, aquel viejo coloso de las finanzas con su inconmensurable flota petrolera y sus caballos de carreras, que además poseía miles de millones. Valió la pena casarse en esas condiciones. Y era un gran maestro de danza, versado en todo tipo de diabluras. Yo aprendí muchas cosas con él.

(Entran dos mujeres y entregan sendos jarros de leche a Elías).

MUJER PRIMERA: Leche, señor Elías.

MUJER SEGUNDA: Mi jarro, señor Elías.

ELÍAS: Muy buenos días. Un litro de leche para cada una de las señoras. *(Abre un jarro e intenta sacar leche).*

MUJER PRIMERA: Leche entera, señor Elías.

MUJER SEGUNDA: Dos litros de leche entera, señor Elías.

ELÍAS: Leche entera. *(Abre otro jarro y saca leche).*

(Clara Zajanassian observa la mañana a través de sus impertinentes).

CLARA ZAJANASSIAN: Una hermosa mañana otoñal. Niebla ligera en las calles, un humo plateado, y allí arriba un cielo azul violáceo, como los que pintaba el conde Holk, mi tercer marido, el ministro de Asuntos Exteriores. Le gustaba pintar en sus vacaciones. Y hacía cosas horribles. *(Se sienta ceremoniosamente).* Todo el conde era horrible.

MUJER PRIMERA: Y mantequilla. Doscientos gramos.

MUJER SEGUNDA: Y pan blanco. Dos kilos.

ELÍAS: Enhorabuena por la herencia, señoras.

LAS DOS MUJERES: Apúntelo en la cuenta.

ELÍAS: Todos para uno, y uno para todos.

MUJER PRIMERA: Y dos francos veinte de chocolate.

MUJER SEGUNDA: Cuatro cuarenta.

ELÍAS: ¿También lo apunto?

MUJER PRIMERA: También. Nos lo comeremos aquí, por supuesto, señor Elías.

MUJER SEGUNDA: Es donde mejor se está, señor Elías. *(Se sientan al fondo de la tienda y empiezan a comer el chocolate).*

CLARA ZAJANASSIAN: Un Winston. Por una vez quiero probar la marca de mi séptimo marido, ahora que me he divorciado, ¡pobre Moby, con su pasión por la pesca! ¡Qué triste estará en el tren expreso a Portugal! En Lisboa embarcará en uno de mis petroleros rumbo a Brasil. *(El mayordomo le alcanza un cigarrillo y le da fuego).*

CIUDADANO PRIMERO: Está sentada en el balcón, saboreando un cigarrillo.

ELÍAS: Siempre marcas carísimas.

CIUDADANO PRIMERO: Despilfarro puro. Vergüenza debería darle ese derroche en presencia de gente empobrecida.

CLARA ZAJANASSIAN *(fumando)*: ¡Qué extraño! Un sabor muy discreto.

ELÍAS: Le fallaron los cálculos. Es verdad que soy un viejo pecador, Hofbauer, ¿quién no lo es? Le jugué una mala pasada en mi juventud; pero ver cómo todos los güllenses rechazaron por unanimidad la propuesta en «El apóstol dorado», pese a la miseria imperante, le aseguro que fue el momento más hermoso de mi vida.

CLARA ZAJANASSIAN: Whisky, Bobby. Puro.

(Entra un segundo cliente, pobre y desaliñado como todos: el ciudadano segundo).

CIUDADANO SEGUNDO: Buenos días. Hoy hará calor.

CIUDADANO PRIMERO: El buen tiempo se mantiene.

ELÍAS: ¡Vaya clientela que hay esta mañana! Normalmente no venía nadie, y desde hace unos días no paran de entrar.

CIUDADANO PRIMERO: Es porque estamos con usted. Con nuestro Elías. Incondicionalmente.

LAS MUJERES *(comiendo chocolate)*: Incondicionalmente, señor Elías, incondicionalmente.

CIUDADANO SEGUNDO: Tú eres la personalidad más popular, Elías, no hay vuelta de hoja.

CIUDADANO PRIMERO: Y la más importante.

CIUDADANO SEGUNDO: Y en primavera serás elegido alcalde.

CIUDADANO PRIMERO: Segurísimo.

LAS MUJERES *(comiendo chocolate)*: Segurísimo, señor Elías, segurísimo.

CIUDADANO SEGUNDO: Quiero aguardiente.

(Elías se dirige al anaquel).

(El mayordomo de Clara le sirve whisky).

CLARA ZAJANASSIAN: Despierta al nuevo. No me gusta que mis maridos duerman tanto.

ELÍAS: Tres francos diez.

CIUDADANO SEGUNDO: Ése no.

ELÍAS: Es el que has bebido siempre.

CIUDADANO SEGUNDO: Coñac.

ELÍAS: Cuesta veinte francos treinta y cinco. Nadie puede permitírselo.

CIUDADANO SEGUNDO: No está mal un pequeño lujo de vez en cuando.

(Una joven semidesnuda atraviesa corriendo el escenario, perseguida por Toby).

MUJER PRIMERA *(comiendo chocolate)*: ¡Esa Luisa es un verdadero escándalo!

MUJER SEGUNDA *(comiendo chocolate)*: Y eso que está comprometida con el músico rubio de la Berthold-Schwarz-Strasse.

(Elías baja la botella de coñac).

ELÍAS: Aquí tienes.

CIUDADANO SEGUNDO: Y tabaco. Para mi pipa.

ELÍAS: Muy bien.

CIUDADANO SEGUNDO: Importado.

(Elías hace la cuenta).

(Se asoma al balcón el marido VIII, un actor de cine alto, delgado y de bigote rojo. Va envuelto en una bata y puede ser representado por el mismo actor que antes interpretara al marido VII).

MARIDO VIII: ¿No es maravilloso, Hopsi? Nuestro primer desayuno de novios. Parece un sueño. Un balconcito, un tilo susurrante, el murmullo de la fuente del ayuntamiento, unas cuantas gallinas que corretean por el empedrado; en algún lugar mujeres que se cuentan sus pequeñas cuitas, y detrás de los tejados, la torre de la catedral.

CLARA ZAJANASSIAN: Siéntate, Bobby, no hables. El paisaje puedo verlo yo, y las ideas no son tu fuerte.

CIUDADANO SEGUNDO: Y ahora se ha sentado el marido allí arriba.

MUJER PRIMERA *(comiendo chocolate)*: El octavo.

MUJER SEGUNDA *(comiendo chocolate)*: Un hombre muy guapo, actor de cine. Mi hija lo vio actuar de cazador furtivo en una película de Ganghofer.

MUJER PRIMERA: Y yo lo he visto de cura en una de Graham Greene.

(El marido VIII da un beso a Clara Zajanassian. Acorde de guitarra).

CIUDADANO SEGUNDO: Con dinero se puede tener todo. *(Escupe)*.

CIUDADANO PRIMERO: No entre nosotros. *(Golpea la mesa con el puño)*.

ELÍAS: Veintitrés francos ochenta.

CIUDADANO SEGUNDO: Apúntalo en la cuenta.

ELÍAS: Haré una excepción esta semana, pero trata de pagarme el día uno, cuando cobres el paro.

(El ciudadano segundo se dirige a la puerta).

ELÍAS: ¡Helmesberger!

(El ciudadano segundo se detiene. Elías se le acerca).

ELÍAS: Llevas zapatos nuevos. De color amarillo.

CIUDADANO SEGUNDO: ¿Y qué?

ELÍAS *(mirando los pies del ciudadano primero)*: ¡Y tú también, Hofbauer! También llevas zapatos nuevos. *(Mira a las mujeres y se acerca a ellas lentamente, horrorizado)*: ¡También vosotras! Zapatos nuevos, amarillos, zapatos nuevos, amarillos.

CIUDADANO PRIMERO: No veo por qué te sorprende.

CIUDADANO SEGUNDO: No podemos utilizar eternamente los zapatos viejos.

ELÍAS: Zapatos nuevos. ¿Cómo habéis podido comprarlos?

LAS MUJERES: Haciendo que los apuntaran en nuestra cuenta, señor Elías.

ELÍAS: Haciendo que los apuntaran en vuestra cuenta. También lo hacéis conmigo. Mejor tabaco, mejor leche, coñac. ¿Y cómo es que de pronto tenéis crédito en las tiendas?

CIUDADANO SEGUNDO: En tu tienda también lo tenemos.

ELÍAS: ¿Con qué pensáis pagar?

(Silencio. Empieza a tirar productos sobre sus clientes. Todos huyen).

ELÍAS: ¿Con qué pensáis pagar, eh? ¿Con qué pensáis pagar? ¿Con qué? ¿Con qué? *(Se precipita al fondo de la escena)*.

MARIDO VIII: El pueblo está alborotado.

CLARA ZAJANASSIAN: Típica vida de pueblo.

MARIDO VIII: Parece que algo ocurre en la tienda de abajo.

CLARA ZAJANASSIAN: Estarán discutiendo por el precio de la carne.

(Se oye un fuerte acorde de guitarra. El marido VIII se incorpora de un salto, asustado).

MARIDO VIII: ¡Dios mío, Hopsi! ¿Has oído?

CLARA ZAJANASSIAN: La pantera negra. Un bufido.

MARIDO VIII: ¿Una pantera negra?

CLARA ZAJANASSIAN: Regalo del bajá de Marraquech. Está en el salón de al lado. Un gatito enorme y maligno, de ojos centelleantes.

(El policía se sienta a la mesa de la izquierda y empieza a beber cerveza. Habla lenta y mesuradamente. Elías entra por el fondo).

CLARA ZAJANASSIAN: Ya puedes servir, Bobby.

EL POLICÍA: ¿Qué desea, Elías? Tome asiento.

(Elías se queda en pie).

EL POLICÍA: Está usted temblando.

ELÍAS: Exijo el arresto de Clara Zajanassian.

EL POLICÍA *(cargando su pipa y encendiéndola pausadamente)*: Extraño. Sumamente extraño.

(El mayordomo sirve el desayuno y trae el correo).

ELÍAS: Lo exijo en mi condición de futuro alcalde.

EL POLICÍA *(echando bocanadas de humo)*: Aún no se han celebrado las elecciones.

ELÍAS: ¡Arreste a esa señora ahora mismo!

EL POLICÍA: Querrá usted denunciar a la señora, supongo. La policía decidirá luego si la arresta o no. ¿Ha cometido algún delito?

ELÍAS: Está instigando a los habitantes de nuestra ciudad a matarme.

EL POLICÍA: Y pretende que yo arreste a esa señora sin más ni más. *(Se sirve más cerveza).*

CLARA ZAJANASSIAN: El correo. Ha escrito Ike. Y Nehru. Envían felicitaciones.

ELÍAS: Es su deber.

EL POLICÍA: Extraño. Sumamente extraño. *(Bebe un trago de cerveza).*

ELÍAS: Es la cosa más natural del mundo.

EL POLICÍA: Mi querido Elías, tan natural no es la cosa. Analicemos el caso fríamente. La señora propuso donar mil millones a la ciudad de Güllen a cambio de... ya sabe a lo que me refiero. Eso es cierto, yo estaba presente. Pero tampoco es razón suficiente para que la policía actúe contra la señora Clara Zajanassian. En última instancia, hemos de atenernos a las leyes.

ELÍAS: Incitación al crimen.

EL POLICÍA: Vaya con cuidado, Elías. Sólo podría hablarse de incitación al crimen si la propuesta de asesinarlo fuera en serio. Es evidente.

ELÍAS: Así me parece.

EL POLICÍA: Muy bien. Y la propuesta, en este caso, no puede ir en serio, porque el precio de mil millones es una exageración, usted mismo tendrá que admitirlo; por algo así se ofrece mil, o hasta dos mil, pero no más, tenga usted la plena seguridad. Todo esto viene a demostrar que la propuesta no iba en serio, y si así fuera, la policía tampoco podría tomar en serio a esa señora, a la que consideraría loca: ¿me explico?

ELÍAS: Sargento, la propuesta es una amenaza contra mí, esté o no loca esa señora. Y esto sí que es lógico.

EL POLICÍA: Ilógico. Usted no puede ser amenazado por una propuesta, sino sólo por la realización de la misma. Muéstreme algún intento real por ponerla en práctica, por ejemplo un hombre que le apunte con un fusil, y vendré a ayudarlo en seguida. Pero el caso es que nadie quiere realizar esa propuesta, todo lo contrario. La muestra de adhesión en «El apóstol dorado» fue realmente impresionante. Permítame felicitarlo aunque sea un poco tarde. *(Bebe otro trago de cerveza).*

ELÍAS: No estoy del todo seguro, Sargento.

EL POLICÍA: ¿No del todo seguro?

ELÍAS: Mis clientes compran ahora mejor leche, mejor pan, mejores cigarrillos.

EL POLICÍA: ¡Pues hombre, alégrese! ¡Mejor que mejor para su negocio! *(Bebe más cerveza)*.

CLARA ZAJANASSIAN: Que compren las acciones de Dupont, Bobby.

ELÍAS: Helmesberger ha comprado coñac en mi tienda. Y hace años que no gana una perra y vive exclusivamente del comedor popular.

EL POLICÍA: Esta noche probaré el coñac. Helmesberger me ha invitado a su casa. *(Bebe más cerveza)*.

ELÍAS: Y todos llevan zapatos nuevos. Unos zapatos amarillos, nuevos.

EL POLICÍA: ¿Y qué tiene usted contra los zapatos nuevos? También yo llevo un par. *(Le muestra sus pies)*.

ELÍAS: ¡También usted!

EL POLICÍA: Pues ya lo ve.

ELÍAS: También amarillos. Y bebe cerveza Pilsen.

EL POLICÍA: Es muy buena.

ELÍAS: Antes bebía la de aquí.

EL POLICÍA: Era horrible.

(Se oye música de radio).

ELÍAS: ¿Oye usted?

EL POLICÍA: ¿Qué?

ELÍAS: Esa música.

EL POLICÍA: *La viuda alegre*.

ELÍAS: Una radio.

EL POLICÍA: Es de Hagholler, el vecino de al lado. Debería cerrar la ventana. *(Anota algo en su libreta)*.

ELÍAS: ¿Y de dónde ha sacado Hagholler una radio?

EL POLICÍA: Asunto suyo.

ELÍAS: ¿Y usted, sargento, con qué piensa pagar su cerveza Pilsen y sus zapatos nuevos?

EL POLICÍA: Asunto mío. *(Suena el teléfono de la mesita. Atiende el policía)*. ¡Comisaría de Güllen, dígame!

CLARA ZAJANASSIAN: Llama por teléfono a los rusos, Bobby, y diles que acepto su propuesta.

EL POLICÍA: De acuerdo. *(Vuelve a colgar el teléfono)*.

ELÍAS: Y mis clientes ¿con qué van a pagarme?

EL POLICÍA: Eso no concierne a la policía. *(Se levanta y coge el fusil del respaldo de la silla)*.

ELÍAS: Pero a mí sí me concierne. Porque van a pagar conmigo.

EL POLICÍA: Nadie lo amenaza. *(Empieza a cargar el fusil)*.

ELÍAS: La ciudad se está endeudando. Con las deudas aumenta el bienestar. Y con el bienestar, la necesidad de matarme. La señora no tiene más que sentarse en su balcón, tomar café, fumar puros y esperar. Nada más que esperar.

EL POLICÍA: Usted está delirando.

ELÍAS: Y todos ustedes están a la espera. *(Golpea la mesa)*.

EL POLICÍA: Ha bebido demasiado. *(Manipula su fusil)*. Ahora sí está cargado. Venga, hombre, tranquilícese. La policía está para hacer respetar las leyes, velar por el orden público y proteger al ciudadano. Conoce su deber. Si por algún lado surgiese la menor sospecha de amenaza, tenga usted la plena seguridad de que intervendría, señor Elías.

ELÍAS *(en voz baja)*: ¿Y por qué tiene usted un diente de oro en la boca, sargento?

EL POLICÍA: ¿Cómo?

ELÍAS: Un nuevo y centelleante diente de oro.

EL POLICÍA: ¿Está usted loco?

(Elías advierte que el cañón del fusil le apunta y levanta lentamente las manos).

EL POLICÍA: No tengo tiempo que perder con sus desvaríos, hombre. Debo irme. A esa millonaria excéntrica se le ha escapado el perrillo faldero: una pantera negra. Y tengo que darle caza. La ciudad entera tendrá que darle caza. *(Sale por el fondo)*.

ELÍAS: A mí vais a darme caza, a mí.

CLARA ZAJANASSIAN (*leyendo una carta*): Vendrá el modisto de alta costura. Mi quinto marido, el más guapo. Diseñó todos mis vestidos de novia. Un minué, Roby.

(Se oye un minué en la guitarra).

MARIDO VIII: Pero si tu quinto marido fue cirujano.

CLARA ZAJANASSIAN: El sexto. (*Abre otra carta*). Es del propietario de la Western-Railway.

MARIDO VIII (*sorprendido*): De ése no sé absolutamente nada.

CLARA ZAJANASSIAN: Mi cuarto marido. Se ha quedado en la miseria. Sus acciones me pertenecen. Lo seduje en el palacio de Buckingham. Bajo una luna llena.

MARIDO VIII: Que no. Ése fue Lord Ismael.

CLARA ZAJANASSIAN: En efecto. Tienes razón, Hoby. Lo había olvidado por completo junto con su castillo en Yorkshire. El que me escribe ha de ser el segundo. Lo conocí en El Cairo. Nos besamos al pie de la Esfinge. Fue una noche impresionante. ¡Qué curioso! También había luna llena.

(Cambio de escena a la derecha. Baja un letrero: «Ayuntamiento». Entra el ciudadano tercero, se lleva la caja y cambia de lugar el mostrador, que ahora puede usarse como pupitre. Entra el alcalde, pone un revólver sobre el pupitre y se sienta. Por la izquierda entra Elías. De la pared cuelga un plano).

ELÍAS: Tengo que hablar con usted, alcalde.

EL ALCALDE: Tome asiento.

ELÍAS: De hombre a hombre. Como su sucesor.

EL ALCALDE: Dígame.

(Elías permanece de pie, la mirada fija en el revólver).

EL ALCALDE: Se ha escapado la pantera de la señora Zajanassian. Anda rondando por la catedral. Hay que ir armado.

ELÍAS: Por supuesto.

EL ALCALDE: He movilizado a los hombres que poseen fusiles. Los niños permanecerán retenidos en la escuela.

ELÍAS (*receloso*): Un despliegue algo exagerado.

EL ALCALDE: Se trata de caza mayor.

(Entra el mayordomo).

EL MAYORDOMO: El presidente del Banco Mundial, señora. Acaba de llegar de Nueva York en avión.

CLARA ZAJANASSIAN: No estoy para nadie. Que coja el avión de vuelta.

EL ALCALDE: ¿Qué le tiene inquieto? Hábleme con toda franqueza.

ELÍAS (*receloso*): Veo que fuma una buena marca.

EL ALCALDE: Un Pegasus rubio.

ELÍAS: Bastante caro.

EL ALCALDE: Pero decente.

ELÍAS: El señor alcalde fumaba antes otra marca.

EL ALCALDE: Rössli cinco.

ELÍAS: Más barato.

EL ALCALDE: Ese tabaco es demasiado fuerte.

ELÍAS: ¿Corbata nueva?

EL ALCALDE: De seda.

ELÍAS: Y también se habrá comprado zapatos.

EL ALCALDE: Me los mandé traer de Kalberstadt. ¡Qué extraño! ¿Cómo lo sabe?

ELÍAS: Por eso he venido.

EL ALCALDE: ¿Qué le ocurre? Lo veo pálido. ¿Está enfermo?

ELÍAS: Tengo miedo.

EL ALCALDE: ¿Miedo?

ELÍAS: El bienestar aumenta.

EL ALCALDE: Pues ahora me entero. Sería estupendo.

ELÍAS: Exijo protección oficial.

EL ALCALDE: ¡Vaya! ¿Por qué?

ELÍAS: El señor alcalde ya lo sabe.

EL ALCALDE: ¿Desconfía acaso?

ELÍAS: Por mi cabeza se han ofrecido mil millones.

EL ALCALDE: Diríjase a la policía.

ELÍAS: Acabo de estar en la policía.

EL ALCALDE: Eso lo habrá tranquilizado.

ELÍAS: En la boca del sargento brilla un nuevo diente de oro.

EL ALCALDE: Olvida que se encuentra usted en Gullen, una ciudad de tradición humanística. Goethe pernoctó aquí una vez. Y Brahms compuso un cuarteto. Son valores que obligan.

(Por la izquierda entra un hombre con una máquina de escribir: el ciudadano tercero).

CIUDADANO TERCERO: La nueva máquina de escribir, señor alcalde. Una Remington.

EL ALCALDE: Llévela al despacho.

(El hombre sale por la derecha).

EL ALCALDE: No merecemos su ingratitud. Si es usted incapaz de confiar en nuestra comunidad, le juro que me da lástima. No me esperaba este gesto nihilista. Después de todo, vivimos en un Estado de derecho.

(Por la izquierda entran los dos ciegos con sus cañas de pescar, cogidos de la mano).

LOS DOS: ¡La pantera anda suelta! ¡La pantera anda suelta! *(Avanzan dando saltitos)* ¡La hemos oído ronronear, la hemos oído ronronear! *(Se dirigen a «El apóstol dorado»)*. ¡Vamos a ver a Toby y Bobby, a Toby y Roby! *(Salen por el fondo)*.

ELÍAS: Entonces mande arrestar a la señora.

EL ALCALDE: Extraño. Sumamente extraño.

ELÍAS: Eso mismo dijo el sargento de policía.

EL ALCALDE: Es que el comportamiento de la señora tampoco resulta incomprensible del todo: usted incitó a dos muchachos a cometer perjurio y hundió a una joven en la más absoluta miseria.

ELÍAS: Pero esa absoluta miseria vale ahora varios miles de millones, alcalde. *(Silencio)*.

EL ALCALDE: Hablemos francamente.

ELÍAS: Se lo ruego.

EL ALCALDE: De hombre a hombre, como usted lo ha pedido. No tiene derecho, moralmente hablando, a exigir la detención de esa señora, y como alcalde tampoco podemos tenerlo en cuenta. Siento mucho tener que decírselo.

ELÍAS: ¿Oficialmente?

EL ALCALDE: Por encargo de los partidos.

ELÍAS: Ya entiendo. *(Se dirige lentamente a la ventana de la izquierda, vuelve la espalda al alcalde y se queda mirando afuera)*.

EL ALCALDE: El que condenemos la propuesta de la señora no significa que aprobemos los delitos que la motivaron. Para el cargo de alcalde se requieren ciertas exigencias de orden moral que usted ya no satisface, tendrá que reconocerlo. Huelga decir que, por lo demás, seguiremos brindándole el mismo respeto y amistad de siempre.

(Por la izquierda entran Roby y Toby llevando más coronas y flores; cruzan el escenario y desaparecen en «El apóstol dorado»).

EL ALCALDE: Será mejor que no hablemos más de este asunto. He pedido al diario local que tampoco haga mención alguna.

ELÍAS (*volviéndose*): ¡Ya están adornando mi ataúd, alcalde! ¡Callar me resultaría demasiado peligroso!

EL ALCALDE: ¿Pero por qué, mi estimado Elías? Debería agradecernos que extendamos el manto del olvido sobre este turbio asunto.

ELÍAS: Si hablo, aún tendré una oportunidad de salvarme.

EL ALCALDE: ¡Esto sí que es el colmo! ¿Quién diablos lo amenaza?

ELÍAS: Uno de ustedes.

EL ALCALDE (*levantándose*): ¿De quién sospecha usted? Dígame el nombre y prometo investigar el caso rigurosamente.

ELÍAS: De todos ustedes.

EL ALCALDE: En nombre de la ciudad, protesto solemnemente contra esa calumnia.

ELÍAS: Nadie quiere matarme, pero todos esperan que alguien lo haga, y alguien acabará haciéndolo.

EL ALCALDE: Está viendo fantasmas.

ELÍAS: Veo un plano sobre la pared. ¿Es el nuevo ayuntamiento? (*Tamborilea con los dedos sobre el plano*).

EL ALCALDE: ¡Dios mío! Supongo que aún nos estará permitido hacer planos.

ELÍAS: ¡Todos ustedes están haciendo cálculos con mi muerte!

EL ALCALDE: ¡Pero hombre de Dios! Si yo como político no tuviese el derecho a esperar tiempos mejores sin pensar al mismo tiempo en cometer un delito, me retiraría inmediatamente. Puede creerme.

ELÍAS: Ya me han condenado a muerte.

EL ALCALDE: ¡Señor Elías, le prohíbo tales acusaciones!

ELÍAS (*en voz baja*): ¡Este plano lo demuestra! ¡Lo demuestra!

CLARA ZAJANASSIAN: Vendrán Onassis, el duque y la duquesa y el Aga Khan.

MARIDO VIII: ¿Y Ahí?

CLARA ZAJANASSIAN: Todo el grupo de la Riviera.

MARIDO VIII: ¿Y periodistas?

CLARA ZAJANASSIAN: Del mundo entero. A mis bodas siempre ha asistido la prensa. Me necesita, y yo a ella. (*Abre otra carta*). Del conde Holk.

MARIDO VIII: Hopsi, ¿es realmente indispensable que pases nuestro primer desayuno juntos leyendo cartas de tus ex maridos?

CLARA ZAJANASSIAN: No quiero perder la visión de conjunto.

MARIDO VIII (*lamentándose*): Pero es que yo también tengo problemas. (*Se levanta y fija la mirada en dirección al pueblo*).

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Qué? ¿No funciona tu Porsche?

MARIDO VIII: Una ciudad tan pequeña me resulta opresiva. Es cierto que el tilo susurra, los pájaros gorjean y la fuente murmura, pero no es menos cierto que ya lo hacían hace media hora. Tampoco pasa nada con la naturaleza ni con los habitantes; todo aquí es paz profunda y despreocupada, saciedad, placidez. Ninguna grandeza, nada realmente trágico. Falta el destino moral de una gran época.

(Por la izquierda entra el pastor con un fusil en bandolera, extiende un paño blanco con una cruz negra sobre la mesa a la que poco antes estaba sentado el policía, y apoya el fusil contra la pared del hotel. El monaguillo lo ayuda a ponerse la sotana. Oscuridad).

EL PASTOR: Entre usted, Elías, aquí, en la sacristía.

(Elías entra por la izquierda).

EL PASTOR: Es un sitio oscuro, pero fresco.

ELÍAS: No quisiera molestar, señor pastor.

EL PASTOR: La casa de Dios está abierta a todos. (*Advierte la mirada de Elías, clavada en el fusil*). No se alarme por el fusil. La pantera negra de la señora Zajanassian anda suelta. Hace poco estuvo aquí, rondando por los tejados, luego pasó al bosque de Konradsweller y ahora está en el granero de Peter.

ELÍAS: Vengo en busca de auxilio.

EL PASTOR: ¿Por qué?

ELÍAS: Tengo miedo.

EL PASTOR: ¿Miedo? ¿De quién?

ELÍAS: De la gente.

EL PASTOR: ¿Teme usted que la gente lo mate, Elías?

ELÍAS: Me persiguen como a una bestia salvaje.

EL PASTOR: No hay que temer a los hombres, sino a Dios, no la muerte del cuerpo, sino la del alma. Abróchame la sotana por detrás, monaguillo.

(Al fondo y a los lados del escenario van apareciendo los habitantes de Güllen. Primero el policía, luego el alcalde, los cuatro ciudadanos, el pintor, el maestro; todos se deslizan de un lado a otro, espiando, con los fusiles listos para disparar).

ELÍAS: Está en juego mi vida.

EL PASTOR: Su vida eterna.

ELÍAS: El bienestar va en aumento.

EL PASTOR: Digamos más bien: el fantasma de su conciencia.

ELÍAS: Toda la ciudad está como nueva. Las muchachas se arreglan, los jóvenes llevan camisetas de alegres colores.... La ciudad se prepara a celebrar la fiesta de mi asesinato, y yo me muero de miedo.

EL PASTOR: El sufrimiento purifica.

ELÍAS: Es un infierno.

EL PASTOR: El infierno está en usted mismo. Uno envejece y cree conocer a las gentes; pero en realidad sólo nos conocemos a nosotros mismos. Usted traicionó en su juventud a una muchacha por dinero y ahora cree que todos los otros están dispuestos a traicionarle a usted por dinero. Usted juzga a los otros según su concepción de la vida, cosa natural. La semilla de nuestros miedos está en nuestros corazones y en nuestros pecados. Basta con que reconozca esta verdad para librarse de su angustia. La verdad le dará las armas con que defenderse.

ELÍAS: Los Müller se han comprado una lavadora.

EL PASTOR: No se preocupe por eso.

ELÍAS: A crédito.

EL PASTOR: Preocúpese de la inmortalidad de su alma.

ELÍAS: Y los Stocker, un televisor.

EL PASTOR: Rece. Monaguillo, el alzacuello. *(El monaguillo le pone el alzacuello).*

EL PASTOR: Examine su conciencia. Si no sigue la senda del arrepentimiento, el mundo reavivará continuamente sus temores. Es la única vía. No podemos hacer nada más.

(Silencio. Los hombres vuelven a desaparecer con sus fusiles. Sombras a ambos lados del escenario. La campana de incendios empieza a sonar).

EL PASTOR: Mis obligaciones me reclaman, Elías, tengo que bautizar a un niño. La Biblia, monaguillo, la liturgia, el *Libro de los Salmos*. El bebé ya está berreando, hay que ponerlo en lugar seguro, bajo la única luz que ilumina nuestro mundo.

(Empieza a sonar una segunda campana).

ELÍAS: ¿Otra campana?

EL PASTOR: ¿Verdad que el sonido es magnífico? Pleno e intenso. Positivo, sumamente positivo.

ELÍAS *(gritando)*: ¿También usted, señor pastor? ¿También usted?

EL PASTOR *(se arroja sobre Elías y lo abraza)*: ¡Huya! ¡Cristianos y paganos, todos somos débiles! ¡Huya! La campana ha sonado en Güllen, la campana de la traición. ¡Huya! No nos haga caer en la tentación quedándose.

(Se oyen dos disparos. Elías cae a tierra, el pastor se pone de cuclillas a su lado).

EL PASTOR: ¡Huya! ¡Huya!

(Elías se levanta, coge el fusil del pastor y sale por la izquierda).

CLARA ZAJANASSIAN: Están disparando, Bobby.

EL MAYORDOMO: Así es, señora.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Y por qué?

EL MAYORDOMO: La pantera se ha escapado.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿La han matado?

EL MAYORDOMO: Yace muerta ante la tienda de Elías.

CLARA ZAJANASSIAN: Pobre animalito. Una marcha fúnebre, Roby.

(Marcha fúnebre tocada por la guitarra).

EL MAYORDOMO: Los habitantes se están reuniendo para darle el pésame, señora.

CLARA ZAJANASSIAN: Es su deber.

(Sale el mayordomo. Por la derecha entra el maestro con el coro mixto).

EL MAESTRO: Honorable señora.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Qué desea el señor maestro de Güllen?

EL MAESTRO: Acabamos de sortear un gran peligro. La pantera negra se deslizaba por nuestras calles presagiando desgracias. Pero aunque ahora respiremos aliviados, lamentamos la muerte de tan preciosa rareza zoológica. El mundo animal se empobrece allí donde se instala el hombre, tenemos muy presente este trágico dilema. Por eso quisiéramos entonar una coral. Una marcha fúnebre, señora. Compuesta por Heinrich Schütz.

CLARA ZAJANASSIAN: Muy bien, entonad esa marcha fúnebre.

(El maestro empieza a dirigir. Por la derecha entra Elías con un fusil).

ELÍAS: ¡Silencio!

(Los güllenses callan, asustados).

ELÍAS: ¡Esa marcha fúnebre! ¿Por qué la entonáis?

EL MAESTRO: Pero, señor Elías, es por la muerte de la pantera negra.

ELÍAS: ¡Es una canción a mi muerte! ¡A mi muerte!

EL ALCALDE: Señor Elías, le ruego que no se pase, ¿eh?

ELÍAS: ¡Fuera de aquí! ¡Largaos a vuestras casas!

(Los güllenses se dispersan).

CLARA ZAJANASSIAN: Date una vuelta en tu Porsche, Hoby.

MARIDO VIII: Pero Hopsi...

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Desaparece!

(El marido sale).

ELÍAS: ¡Clara!

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Alfred! ¿Por qué has interrumpido a esta pobre gente?

ELÍAS: Tengo miedo, Clara.

CLARA ZAJANASSIAN: Muy amable de tu parte. Detesto esos canturreos celestiales. Ya los odiaba en la escuela. ¿Recuerdas, Alfred, cuando nos paseábamos por el bosque de Konradswweiler mientras el coro mixto y la banda de instrumentos de viento ensayaban en la plaza del ayuntamiento?

ELÍAS: Clara. Dime que todo esto es una comedia, que lo que exiges no es cierto. ¡Dímelo!

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Qué extraño, Alfred! Esos recuerdos. También estaba yo en un balcón cuando nos vimos por primera vez; era una tarde de otoño como ahora, el aire estaba inmóvil, sólo un susurro ocasional agitaba los árboles del parque, hacía calor, como el que debe hacer ahora, aunque yo sólo siento frío últimamente. Y tú estabas allí de pie y alzaste hacia mí la mirada. Yo me puse nerviosa y no supe qué hacer. Quise refugiarme en la oscuridad de la habitación y no fui capaz de hacerlo.

ELÍAS: Estoy desesperado. Y soy capaz de cualquier cosa. Te lo advierto, Clara. Estoy decidido a todo si no me dices ahora mismo que todo esto no es más que una broma, una broma cruel. *(Le apunta con el fusil).*

CLARA ZAJANASSIAN: Y no seguiste caminando por la calle, sino que clavaste en mí tu mirada, casi sombría, casi malévol, como dispuesto a hacerme daño; y, sin embargo, tus ojos rebosaban amor.

(Elías deja caer el fusil).

CLARA ZAJANASSIAN: Y a tu lado había dos muchachos, Koby y Loby. Sonrieron burlonamente al ver cómo me mirabas. Yo dejé el balcón y bajé a reunirme contigo. Tú no me saludaste, no me dijiste una sola palabra, pero cogiste mi mano y así salimos de la ciudad y nos adentramos en el campo, y Koby y Loby venían siguiéndonos como dos perros. Y entonces tomaste piedras del suelo y se las tiraste, y ellos volvieron chillando a la ciudad; y nos quedamos solos.

(El mayordomo entra por la derecha).

CLARA ZAJANASSIAN: Llévame a mi habitación, Bobby. Tengo algo que dictarte. Después de todo, debo hacer una transferencia de mil millones.

(El mayordomo la conduce a su habitación. Koby y Loby entran por detrás dando saltitos).

LOS DOS: La pantera negra ha muerto, la pantera negra ha muerto.

(El balcón desaparece. El mismo decorado que al iniciarse el primer acto. La estación. Sólo el horario pegado a la pared es nuevo y está intacto. En algún punto han pegado un cartelón con un radiante sol amarillo: «Viajad al Sur». Un poco más allá se ve otro: «Asistid a la Pasión de Oberammergau». Al fondo se observan varias grúas entre las casas, así como también tejados nuevos. Se oye el atronador estrépito de un expreso que pasa a toda marcha. Frente a la estación, el jefe de estación se cuadra. Por el fondo entra Elías llevando un maletín viejo en la mano. Mira a su alrededor, mientras lentamente, y como por azar, empiezan a entrar güllenses por todos lados. Elías titubea y se detiene).

EL ALCALDE: Buenos días, Elías.

TODOS: ¡Buenos días!

ELÍAS *(titubeante)*: Buenos días.

EL MAESTRO: ¿Adónde vamos con ese maletín?

TODOS: ¿Adónde vamos?

ELÍAS: A la estación.

EL ALCALDE: Lo acompañamos.

CIUDADANO PRIMERO: Lo acompañamos.

CIUDADANO SEGUNDO: Lo acompañamos.

(Van apareciendo cada vez más vecinos del pueblo).

ELÍAS: No hace falta, de veras que no. No vale la pena.

EL ALCALDE: ¿Se va usted de viaje, Elías?

ELÍAS: Me voy de viaje.
EL POLICÍA: ¿Adónde?,
ELÍAS: No lo sé. A Kalberstadt y luego ya veré.
EL MAESTRO: Ajá... y luego ya verá.
ELÍAS: Me gustaría ir a Australia. Ya conseguiré el dinero.

(Sigue caminando hacia la estación).

CIUDADANO TERCERO: ¡A Australia!
CIUDADANO CUARTO: ¡A Australia!
EL PINTOR: ¿Y por qué?
ELÍAS (*perplejo*): Es que... es aburrido pasarse la vida en el mismo sitio.

(Echa a correr y llega a la estación. Los otros se le acercan con toda calma y lo rodean).

EL ALCALDE: Emigrar a Australia. Algo francamente ridículo.
EL MÉDICO: Y muy peligroso para usted.
EL MAESTRO: Uno de los dos eunucos también emigró a Australia, no lo olvide.
EL POLICÍA: Aquí es donde estará más seguro.
TODOS: ¡Más seguro! ¡Más seguro!

(Elías mira angustiosamente a su alrededor, como un animal acosado).

ELÍAS (*en voz baja*): Le escribí al subprefecto de Kaffigen.
EL ALCALDE: ¿Y qué?
ELÍAS: No obtuve respuesta.
EL MAESTRO: Sus miedos son incomprensibles.
EL MÉDICO: Nadie quiere matarlo.
TODOS: Nadie, nadie.
ELÍAS: El correo no despachó mi carta.
EL PINTOR: Imposible.
EL ALCALDE: El funcionario de correos es miembro del concejo municipal.
EL MAESTRO: Un hombre honrado.
CIUDADANO PRIMERO: ¡Un hombre honrado!
CIUDADANO SEGUNDO: ¡Un hombre honrado!
ELÍAS: Mirad lo que pone este cartel: «Viajad al Sur».
EL MÉDICO: ¿Y qué?
ELÍAS: «Asistid a la Pasión de Oberammergau».
EL MAESTRO: ¿Y qué?
ELÍAS: ¡Se está construyendo!
EL ALCALDE: ¿Y qué?
ELÍAS: ¡Cada vez sois más ricos, tenéis más dinero! TODOS: ¿Y qué?

(Suena la campana).

EL MAESTRO: Mire cómo todos le quieren.
EL ALCALDE: El pueblo entero lo acompaña.
CIUDADANO TERCERO: ¡El pueblo entero!
CIUDADANO CUARTO: ¡El pueblo entero!
ELÍAS: Yo no os pedí que vinierais.
CIUDADANO SEGUNDO: Supongo que nos permitirás despedirnos de ti.
EL ALCALDE: Como viejos amigos.
TODOS: ¡Como viejos amigos! ¡Como viejos amigos!

(Ruido de un tren que se acerca. El jefe de estación coge su señal. Por la izquierda aparece el revisor, caminando como si acabara de saltar del tren).

EL REVISOR *(alargando el grito)*:
¡Güüüüüllen!
EL ALCALDE: Éste es su tren.
TODOS: ¡Su tren! ¡Su tren!
EL ALCALDE: Pues nada, Elías,
que tenga un feliz viaje.
TODOS: ¡Un feliz viaje! ¡Un feliz
viaje!
EL MÉDICO: ¡Y que le vaya muy
bien!
TODOS: ¡Y que le vaya muy bien!



(Los güllenses se agolpan alrededor de Elías, pero sin bloquearle el paso)

EL ALCALDE: Ya es la hora. Suba al tren de cercanías a Kalberstadt, en nombre de Dios.
EL POLICÍA: ¡Y mucha suerte en Australia!
TODOS: ¡Mucha suerte! ¡Mucha suerte!

(Elías permanece inmóvil, mirando fijamente a sus conciudadanos).

ELÍAS *(en voz baja)*: ¿Por qué estáis todos aquí?
EL POLICÍA: ¿Qué más quiere ahora?
EL JEFE DE ESTACIÓN: ¡Suban por favor!
ELÍAS: ¿Por qué os agolpáis a mi alrededor?
EL ALCALDE: No nos agolpamos a su alrededor.
ELÍAS: ¡Dejadme pasar!
EL MAESTRO: Pero si le estamos dando paso.
TODOS: ¡Le estamos dando paso! ¡Le estamos dando paso!
ELÍAS: Alguno intentará retenerme.
EL POLICÍA: ¡Qué tontería! No tiene más que subir al tren para ver que eso es un disparate.
ELÍAS: ¡Apartaos!

(Nadie se mueve. Algunos tienen las manos en los bolsillos).

EL ALCALDE: No sé lo que quiere. Irse sólo depende de usted. Suba de una vez al tren.
ELÍAS: ¡Apartaos!
EL MAESTRO: Su miedo es sencillamente ridículo.

(Elías cae de rodillas).

ELÍAS: ¿Por qué estáis tan cerca de mí?
EL MÉDICO: Este hombre se ha vuelto loco.
ELÍAS: ¡Queréis retenerme!
EL ALCALDE: ¡Suba de una vez!
TODOS: ¡Suba de una vez! ¡Suba de una vez!

(Silencio).

ELÍAS (*en voz baja*): Uno de vosotros me sujetará cuando suba al tren.

TODOS (*con voz firme*): ¡Nadie! ¡Nadie!

ELÍAS: Lo sé.

EL POLICÍA: Ya es la hora.

EL MAESTRO: Suba de una vez al tren, buen hombre.

ELÍAS: ¡Lo sé! ¡Uno de vosotros me sujetará! ¡Uno de vosotros me sujetará!

(El jefe de estación da la señal de partida y el revisor simula subirse al tren. Elías, rodeado por los habitantes de Güllen, se cubre la cara con las manos y cae a tierra).

EL POLICÍA: ¿Ve? ¡Se le ha escapado por un pelo!

(Todos abandonan al caído Elías y desaparecen lentamente por el fondo).

ELÍAS: ¡Estoy perdido!

ACTO TERCERO

El granero de Peter. A la izquierda, Clara Zajanassian sentada en su litera, inmóvil, luciendo un vestido de novia blanco, con velo, etc. Más a la izquierda, una escalera de mano; al fondo, un carro de heno, un viejo coche de alquiler y un montón de paja; en el centro, un pequeño barril. De lo alto cuelgan harapos, sacos podridos y telarañas gigantescas. El mayordomo entra por el fondo.

EL MAYORDOMO: El médico y el maestro.

CLARA ZAJANASSIAN: Que entren.

(Aparecen el médico y el maestro, que avanzan a tientas por la oscuridad y al final se encuentran con la millonaria, ante la cual se inclinan. Ambos visten ahora trajes burgueses de muy buena calidad, y ya se les puede considerar elegantes).

LOS DOS: Señora.

CLARA ZAJANASSIAN *(observándolos a través de sus impertinentes)*: Los veo algo polvorientos, caballeros.

(Los dos se sacuden el polvo).

EL MAESTRO: Perdón. Hemos tenido que pasar por un viejo coche de alquiler.

CLARA ZAJANASSIAN: Me he retirado al granero de Peter. Necesito tranquilidad. La ceremonia en la catedral de Güllen me ha dejado exhausta. Ya tengo mis añitos. Siéntense en el barril.

EL MAESTRO: Muchas gracias.

(Se sienta. El médico se queda en pie).

CLARA ZAJANASSIAN: Hace bochorno aquí. Asfixiante. Pero me encanta este granero, el olor a heno, paja y grasa de carros. Me trae recuerdos. Todos los aparejos, la horquilla, el coche de alquiler, el carro de heno roto, ya estaban aquí en mi juventud.

EL MAESTRO: Es un lugar que invita a la meditación. *(Se enjuga el sudor).*

CLARA ZAJANASSIAN: El sermón del pastor fue edificante.

EL MAESTRO: Primera Epístola a los Corintios, capítulo trece.

CLARA ZAJANASSIAN: Y usted tampoco estuvo nada mal con su coro mixto, señor maestro. Muy solemne la música.

EL MAESTRO: Bach. Un pasaje de la *Pasión según san Mateo*. Aún estoy emocionadísimo. El gran mundo estaba presente, el mundo de las finanzas, el mundo del cine...

CLARA ZAJANASSIAN: Mundos que volaron luego a la capital en sus Cadillac. Al banquete de bodas.

EL MAESTRO: Señora, no quisiéramos quitarle su valioso tiempo más de lo necesario. Su marido estará esperándola con impaciencia.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Hoby? Lo he mandado de vuelta a Geisalgasteig¹ en su Porsche.

EL MÉDICO *(confundido)*: ¿A Geisalgasteig?

CLARA ZAJANASSIAN: Mis abogados ya han presentado la solicitud de divorcio.

EL MAESTRO: Pero ¿y los invitados a la boda, señora?

CLARA ZAJANASSIAN: Ya están acostumbrados. Es el segundo de mis matrimonios en cuanto a brevedad. Sólo el de lord Ismael duró todavía menos. ¿Qué los trae por aquí?

EL MAESTRO: Venimos por lo del señor Elías.

CLARA ZAJANASSIAN: Oh, ¿ha muerto?

EL MAESTRO: ¡Señora! No podemos ignorar nuestros principios occidentales.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Qué quieren entonces?

EL MAESTRO: Los habitantes de Güllen han ido adquiriendo, por desgracia, una serie de cosas.

EL MÉDICO: Muchas cosas.

¹ Estudios de cine alemanes muy conocidos al sur de Munich.

(Los dos se secan el sudor).

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Endeudados?

EL MAESTRO: Irremisiblemente.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Pese a los principios?

EL MAESTRO: Somos simples humanos.

EL MÉDICO: Y ahora tenemos que pagar esas deudas.

CLARA ZAJANASSIAN: Ya saben lo que hay que hacer.

EL MAESTRO (*dándose ánimos*): Señora Zajanassian. Hablemos sin rodeos, señora Zajanassian: póngase en nuestro lugar. Hace veinte años que intento plantar la semilla del Humanismo en la ciudad. El doctor, por su parte, se pasa el día en su coche de aquí para allá, luchando casi inútilmente contra la tuberculosis y el raquitismo. ¿Por qué cree usted que nos sometemos y estos sacrificios? ¿Por amor al dinero? ¡No lo crea! Nuestros honorarios son mínimos. Yo he rechazado ascensos a puestos mucho mejores fuera de Güllen. Lo mismo puede decirse del doctor, que hoy estaría de catedrático en una universidad, si quisiera. ¿Nos sacrificamos por amor a la Humanidad? Afirmarlo, sería mentira. Si nos aferramos años y años a la ciudad — con nosotros todos sus habitantes— es porque nadie ha perdido la esperanza de que un día recobre su esplendor, la esperanza de que algún día vuelvan a explotarse las numerosas riquezas de nuestro suelo, riquezas incomprensiblemente abandonadas. Como usted sabe, no somos pobres. Ahí está el petróleo del valle, las inmensas riquezas mineras del bosque. Lo que ocurre es que estamos abandonados y olvidados, sin saber por qué. Lo único que necesitamos para rehacernos son créditos, confianza y pedidos. Esto basta para que la economía y la cultura de Güllen vuelvan a ser lo que eran. Güllen tiene grandes posibilidades: la fundición, por ejemplo...

EL MÉDICO: Las factorías Bockmann.

EL MAESTRO: Las fábricas Wagner... y tantas otras. Cómprelas usted, reorganícelas y Güllen volverá a su esplendor. No se trata de despilfarrar mil millones, sino de invertir ventajosamente cien. No permita que hayamos luchado inútilmente toda la vida. No le pedimos una limosna, le ofrecemos un negocio.

CLARA ZAJANASSIAN: Ciertamente. No sería un mal negocio.

EL MAESTRO: ¡Señora! ¡Sabía que no nos dejaría en la estacada!

CLARA ZAJANASSIAN: Pero es irrealizable. No puedo comprar la fundición porque ya me pertenece.

EL MAESTRO: ¿A usted?

EL MÉDICO: ¿Y Bockmann?

EL MAESTRO: ¿Y las empresas Wagner?

CLARA ZAJANASSIAN: También son mías. Las fábricas, la depresión de Pückenried, el granero de Peter, la ciudad entera, calle a calle, casa a casa. Mis agentes compraron todos los centros de producción de Güllen y los pusieron fuera de servicio. Como veis, vuestras esperanzas han sido estúpidas, tan estúpidas como esa forma absurda de atarse a Güllen. Todos los sacrificios han sido vanos y toda vuestra vida inútil.

(Silencio).

EL MÉDICO: ¡Es sencillamente monstruoso!

CLARA ZAJANASSIAN: Era invierno cuando dejé este pueblo; llevaba un traje de marinero y trenzas rojas. Tenía varios meses de embarazo. Los habitantes me miraban con sorna al pasar. Tiritando de frío me subí al expreso de Hamburgo, pero cuando la silueta del granero de Peter desapareció tras las flores de escarcha de la ventanilla, decidí regresar algún día. Y aquí estoy. Ahora impongo yo las condiciones, ahora decido yo los negocios. (*En voz alta*). ¡Roby y Toby, a «El apóstol dorado»! Mi marido número nueve ha llegado con sus libros y manuscritos.

(Los dos monstruos entran por el fondo y alzan la litera).

EL MAESTRO: ¡Señora Zajanassian! Es usted una mujer que ama y ha sido herida. Y exige justicia absoluta. Para mí es una heroína de la antigüedad, una Medea. Pero como la comprendemos tan a fondo, nos da valor para exigirle todavía más: entierre la funesta idea de la venganza, no nos obligue a hacer

gestos desesperados, ayude a esta gente débil y pobre, pero honrada, a llevar una vida algo más digna, ¡elévase hasta las cimas del puro humanitarismo!

CLARA ZAJANASSIAN: El humanitarismo, caballeros, ha sido hecho para la bolsa de los millonarios. Con mi capacidad financiera es posible reorganizar el mundo. El mundo me convirtió en una puta y yo lo convierto ahora en un burdel. Quien no pueda apoquinar, tendrá que aguantar si quiere participar en el baile. Y vosotros queréis bailar. Decente es sólo el que paga, y yo pago. Güllen por un asesinato, prosperidad general por un cadáver. ¡Vamos, vosotros dos! *(Se la llevan al fondo)*.

EL MÉDICO: ¡Dios mío! ¿Qué hacemos?

EL MAESTRO: Lo que nos dicte la conciencia, doctor Nüsslin.

(En primer plano, a la derecha, se ve la tienda de Elías. Letrero nuevo. Nuevo mostrador reluciente, caja nueva y mercancías más valiosas. Cuando alguien entra por la puerta imaginaria, se oye un campanillazo fino. Detrás del mostrador está la señora Elías. Por la izquierda entra el ciudadano primero, convertido en un próspero carnicero, con el mandil nuevo salpicado de sangre).

CIUDADANO PRIMERO: ¡Vaya fiestón! Todo Güllen estaba en la plaza de la catedral, mirando.

SEÑORA DE ELÍAS: Bien se merece Clarita esta alegría después de tanta miseria.

CIUDADANO PRIMERO: Actrices de cine haciendo de doncellas de honor. ¡Y no vea usted qué escotazos!

CIUDADANO PRIMERO: Un paquete de cigarrillos, por favor.

SEÑORA DE ELÍAS: ¿De los verdes?

CIUDADANO PRIMERO: Camel. Y un hacha.

SEÑORA DE ELÍAS: ¿Un hacha de carnicero?

CIUDADANO PRIMERO: Exactamente.

SEÑORA DE ELÍAS: Aquí tiene, señor Hofbauer.

CIUDADANO PRIMERO: Buena herramienta, sí, señor.

SEÑORA DE ELÍAS: ¿Cómo va el negocio?

CIUDADANO PRIMERO: He cogido más personal.

SEÑORA DE ELÍAS: Yo también lo haré el día uno.

(El ciudadano primero coge el hacha. Entra el ciudadano segundo, convertido en un fino hombre de negocios).

SEÑORA DE ELÍAS: Muy buenas, señor Helmesberger.

(Pasa la señorita Luisa, elegantemente vestida).

CIUDADANO PRIMERO: Ésa se hace la mar de ilusiones vistiéndose así.

SEÑORA DE ELÍAS: ¡Qué poca vergüenza!

CIUDADANO PRIMERO: Una aspirina. He estado toda la noche en casa de los Stocker. De juega.

(La señora Elías alcanza al ciudadano primero un vaso de agua y la pastilla).

CIUDADANO PRIMERO: Todo abarrotado de periodistas.

CIUDADANO SEGUNDO: Que van husmeando por todo el pueblo.

CIUDADANO PRIMERO: Ya pasarán por aquí.

SEÑORA DE ELÍAS: Somos gente sencilla, nosotros, señor Hofbauer. No les interesamos.

CIUDADANO SEGUNDO: Interrogan a todo el mundo.

CIUDADANO PRIMERO: Acaban de entrevistar al pastor.

CIUDADANO SEGUNDO: Ése no hablará, siempre ha sido comprensivo con nosotros, los pobres. Un paquete de Chesterfield.

SEÑORA DE ELÍAS: ¿Lo anoto en la cuenta?

CIUDADANO PRIMERO: Anótelo. ¿Y su esposo, señora Elías? No lo veo hace tiempo.

SEÑORA DE ELÍAS: Arriba. Dando vueltas en su habitación desde hace días.

CIUDADANO PRIMERO: La mala conciencia. Se portó muy mal con la pobre señora Zajanassian.

SEÑORA DE ELÍAS: Eso también me aflige a mí.

CIUDADANO SEGUNDO: Mire que sumir en la miseria a una pobre chiquilla... ¡Qué asco! *(En tono decidido)*. Señora Elías, espero que su marido no se chive cuando vengan los periodistas.

SEÑORA DE ELÍAS: No, eso no.

CIUDADANO PRIMERO: Con el carácter que tiene...

SEÑORA DE ELÍAS: Mi vida no es nada fácil, señor Hofbauer.

CIUDADANO PRIMERO: Si quiere comprometer a Clara y contar mentiras como que ella ha ofrecido dinero por su cabeza o cosas así, lo que sólo fue producto de su inefable sufrimiento, tendremos que intervenir.

CIUDADANO SEGUNDO: Y no por los mil millones.

CIUDADANO PRIMERO: Sino por pura indignación popular. Bastante ha sufrido ya la pobre señora Zajanassian por culpa de él, y Dios lo sabe. *(Mira a su alrededor)*. ¿Se sube por aquí a la habitación?

SEÑORA DE ELÍAS: Es la única subida. Nada práctica. Pero en primavera haremos obras.

CIUDADANO PRIMERO: Pues aquí me planto. *(El ciudadano primero se instala a la derecha del escenario, tranquilo, con los brazos cruzados y su hacha, como un guardián. Entra el maestro)*.

SEÑORA DE ELÍAS: Buenos días, señor maestro. Me alegra que venga a vernos.

EL MAESTRO: Necesito un trago de algo fuerte.

SEÑORA DE ELÍAS: ¿Un Steinhäger?

EL MAESTRO: Una copita.

SEÑORA DE ELÍAS: ¿Usted también, señor Hofbauer?

CIUDADANO PRIMERO: No, gracias. Tengo que ir a Kaffigen en mi Volkswagen. A comprar lechones.

SEÑORA DE ELÍAS: ¿Y usted, señor Helmesberger?

CIUDADANO SEGUNDO: No beberé una sola gota mientras esos malditos periodistas no abandonen el pueblo.

(La señora Elías sirve al maestro).

EL MAESTRO: Gracias. *(Vacía la copa de un trago)*.

SEÑORA DE ELÍAS: Está temblando, señor maestro.

EL MAESTRO: Bebo demasiado últimamente. Ahora mismo vengo de una francachela de padre y muy señor mío en «El apóstol dorado», una auténtica orgía alcohólica. Espero que no le moleste mi tufo.

SEÑORA DE ELÍAS: Una más no le hará daño. *(Vuelve a servirle)*.

EL MAESTRO: ¿Y su esposo?

SEÑORA DE ELÍAS: Arriba. No para de dar vueltas en la habitación.

EL MAESTRO: Otra copita. La última. *(Se sirve él mismo)*.

(Entra el pintor por la izquierda. Lleva un traje de terciopelo nuevo, un pañuelo de colores atado al cuello y una boina gris).

EL PINTOR: Mucho cuidado. Dos periodistas acaban de preguntarme por esta tienda.

CIUDADANO PRIMERO: Muy sospechoso.

EL PINTOR: Me hice el que no sabía nada.

CIUDADANO SEGUNDO: Inteligente reacción.

EL PINTOR: Ojalá vayan a mi taller. He pintado un Cristo.

(El maestro vuelve a servirse otra copa. Por fuera pasan, elegantemente vestidas, las dos mujeres del segundo acto, que observan los productos del escaparate imaginario).

CIUDADANO PRIMERO: Esas mujeres.

CIUDADANO SEGUNDO: Van al nuevo cine en pleno día.

(Por la izquierda entra el ciudadano tercero).

CIUDADANO TERCERO: La prensa.

CIUDADANO SEGUNDO: Cuidado con abrir la boca.
EL PINTOR: Vigilemos que el de arriba no baje.
CIUDADANO PRIMERO: Eso está bajo control.

(Los güllenses se instalan a la derecha. El maestro se ha bebido ya media botella y permanece junto al mostrador. Entran dos periodistas con cámaras fotográficas. Detrás de ellos aparece el ciudadano cuarto).

PERIODISTA I: Buenas tardes, damas y caballeros.
LOS CIUDADANOS: Muy buenas.
PERIODISTA I: Primera pregunta: ¿Cómo se sienten, en general, todos ustedes?
CIUDADANO PRIMERO *(algo turbado)*: Muy contentos por la visita de la señora Zajanassian.
CIUDADANO TERCERO: Contentos.
EL PINTOR: Emocionados.
CIUDADANO SEGUNDO: Orgullosos.
PERIODISTA I: Orgullosos.
CIUDADANO CUARTO: Después de todo, Clarita es de los nuestros.
PERIODISTA I: Segunda pregunta, a la señora que está detrás del mostrador: Se dice que su marido la prefirió a usted antes que a Clara Zajanassian.

(Silencio).

CIUDADANO PRIMERO: ¿Quién lo dice?
PERIODISTA I: Aquellos dos tíos bajitos, gordos y ciegos de la señora Zajanassian.

(Silencio).

CIUDADANO CUARTO *(titubeando)*: ¿Qué les han contado esos tíos?
PERIODISTA II: Todo.
EL PINTOR: ¡Maldita sea!

(Silencio).

PERIODISTA II: Que Clara Zajanassian y el propietario de esta tienda estuvieron a punto de casarse hace más de cuarenta años. ¿Es cierto eso?

(Silencio).

SEÑORA DE ELÍAS: Es cierto.
PERIODISTA II: ¿Y el señor Elías?
SEÑORA DE ELÍAS: Está en Kalberstadt.
TODOS: En Kalberstadt.
PERIODISTA I: Podemos imaginarnos el romance: el señor Elías y Clara Zajanassian crecen juntos — quizá fueran vecinos—, van juntos a la escuela, dan paseos por el bosque, los primeros besos, etcétera, hasta que el señor Elías la conoce a usted, buena señora, que para él representa lo nuevo, lo insólito, la pasión.
SEÑORA DE ELÍAS: Ocurrió exactamente lo que usted cuenta.
PERIODISTA I: Clara Zajanassian comprende, renuncia al novio con esa nobleza y discreción tan suyas, y ustedes se casan...
SEÑORA DE ELÍAS: ... por amor.
LOS OTROS HABITANTES *(aliviados)*: Por amor.
PERIODISTA I: Por amor.

(Los periodistas van escribiendo indiferentes, en sus libretas de apuntes. Por la derecha entran los dos eunucos, llevados de la oreja por Roby).

LOS DOS (*en tono quejumbroso*): No diremos nada más, no diremos nada más. (*Son conducidos al fondo de la escena, donde Toby los espera con un látigo*)

LOS DOS: ¡Con Toby no! ¡Con Toby no!

PERIODISTA II: Y su marido, señora Elías... ¿de vez en cuando no tiene...? Quiero decir, sería muy humano, después de todo, que tuviera remordimientos de vez en cuando.

SEÑORA DE ELÍAS: El dinero sólo no hace la felicidad.

PERIODISTA II: No hace la felicidad.

(*Por la izquierda entra el hijo. Lleva puesta una cazadora de piel fina*).

SEÑORA DE ELÍAS: Nuestro hijo Karl.

PERIODISTA I: Un magnífico muchacho.

PERIODISTA II: ¿Y está enterado de las relaciones...?

SEÑORA DE ELÍAS: En nuestra familia no hay secretos. Mi marido dice siempre: lo que Dios sabe, también deben saberlo nuestros hijos.

PERIODISTA I:... Dios sabe.

PERIODISTA II:... nuestros hijos.

(*La hija entra en la tienda vestida con ropa de tenis y con una raqueta en la mano*).

SEÑORA DE ELÍAS: Nuestra hija Ottilie.

PERIODISTA II: Encantadora.

(*El maestro se reanima*).

EL MAESTRO: ¡Güllenses! ¡Soy vuestro viejo maestro! Todos lo sabéis. Me he hecho un borracho, lo sé, y he cerrado la boca ante todo. Pero ahora se acabó. Ahora hablaré y contaré toda la verdad sobre la visita de la anciana. (*Se sube al barril, que ha quedado allí de la escena anterior.*)

CIUDADANO PRIMERO: ¿Se ha vuelto loco?

CIUDADANO SEGUNDO: ¡Cállese ya!

CIUDADANO TERCERO: ¡Baje del barril!

EL MAESTRO: ¡Güllenses! ¡Quiero proclamar la verdad, aunque nuestra miseria tenga que durar eternamente!

SEÑORA DE ELÍAS: Está borracho, señor maestro. ¡Debería avergonzarse!

EL MAESTRO: ¿Avergonzarme? ¡Tú sí deberías avergonzarte, mujer, pues te preparas para traicionar a tu marido!

EL HIJO: ¡Cierre el pico!

CIUDADANO CUARTO: ¡Que se lo lleven!

EL MAESTRO: ¡Ya es demasiado lo que llevamos andado por el camino de la inmoralidad! Como en *Edipo*, la ignominia se ha hinchado como un sapo.

LA HIJA (*implorante*): ¡Señor maestro, ya está bien!

EL MAESTRO: Me desilusionas, hijita. Tú eres la que tendría que hablar. Pero ya que no lo haces, será tu maestro quien proclame la verdad con voz de trueno.

EL PINTOR (*bajándolo del barril*): ¡Quieres quitarme la oportunidad de realizarme como artista! ¡He pintado un Cristo! ¡Un Cristo!

EL MAESTRO: ¡Protesto! ¡Protesto públicamente! ¡En Güllen se están planeando cosas monstruosas!

(*Los güllenses se precipitan sobre él, pero en ese instante entra Elías por la derecha, vistiendo ropas viejas y desgastadas*).

ELÍAS: ¿Qué está pasando en mi tienda?

(Los güllenses sueltan al maestro y clavan la mirada en Elías, aterrados. Silencio sepulcral).

EL MAESTRO: La verdad, Elías, les estoy diciendo la verdad a los señores de la prensa. Como un arcángel la proclamo, con voz tonante. *(Se tambalea)*. Porque soy un humanista, un amigo de los antiguos griegos, un admirador de Platón.

ELÍAS: ¡Cállese!

EL MAESTRO: Pero el humanitarismo...

ELÍAS: ¡Siéntese!

(Silencio).

EL MAESTRO *(desengañado)*: Sentarme... El humanitarismo debe sentarse. Pues nada... si también usted traiciona la verdad. *(Se sienta tambaleante en el barril)*.

ELÍAS: Ustedes perdonen. Este hombre está borracho.

PERIODISTA I: ¿El señor Elías?

ELÍAS: ¿Qué desea?

PERIODISTA I: ¡Encantado de verle! Necesitamos un par de fotos. ¿No le molesta? *(Mira a su alrededor buscando una referencia)*. A ver, alimentos, artículos domésticos, de ferretería... Ya lo tengo: lo sacaremos vendiendo un hacha.

ELÍAS *(titubeando)*: ¿Un hacha?

PERIODISTA I: Sí. Haga como que vende un hacha al carnicero. Pero, por favor, ¡naturalidad! ¡Traiga el hacha! *(Recibe el hacha de manos del ciudadano primero. Hace una demostración)*. Usted como cliente sopesa el hacha con rostro pensativo, y usted, Don Elías, se inclina sobre el mostrador con cara de convencerle. ¿De acuerdo? *(Corrige las posiciones)*. Más naturales, señores, olviden la cámara.

(Los periodistas hacen fotos).

PERIODISTA I: Bien, muy bien.

PERIODISTA II: ¿Puedo pedirle que pase el brazo por encima del hombro de su esposa? El hijo a la izquierda, la hija a la derecha. Y ahora, por favor, radiantes de felicidad, radiantes, sonrientes, contentos por dentro, irradiando satisfacción.

PERIODISTA I: ¡Espléndido!

(Varios fotógrafos entran por la izquierda y cruzan el escenario hasta el fondo. Uno de ellos grita, dirigiéndose a la tienda)

EL FOTÓGRAFO: ¡La Zajanassian tiene un nuevo marido! Están paseando por el bosque de Konradswailer.

PERIODISTA I: ¡Un nuevo marido!

PERIODISTA II: Buena foto de portada para *Life*.

(Los dos periodistas salen corriendo de la tienda. Silencio. El ciudadano primero sigue con el hacha en la mano).

CIUDADANO PRIMERO *(aliviado)*: Hemos tenido suerte.

EL PINTOR: Tendrás que disculparnos, maestro. Si queremos arreglar amistosamente este asunto, la prensa no debe enterarse de nada. ¿Comprendes? *(Sale. El ciudadano segundo lo sigue, pero se detiene un momento frente a Elías, antes de salir)*.

CIUDADANO SEGUNDO: Inteligente, muy inteligente eso de no soltar un disparate.

CIUDADANO TERCERO: De todas formas, nadie creería una palabra de un granuja como tú. *(Sale)*.

(El ciudadano cuarto escupe y también se marcha).

CIUDADANO PRIMERO: Y ahora saldremos en las revistas, Elías.

ELÍAS: Así es.

CIUDADANO PRIMERO: Nos haremos famosos.

ELÍAS: Por así decirlo.

CIUDADANO PRIMERO: Un Partagás.

ELÍAS: Aquí tienes.

CIUDADANO PRIMERO: Apúntalo.

ELÍAS: Por supuesto.

CIUDADANO PRIMERO: Para serle franco: lo que le hizo a Clarita sólo puede hacerlo un canalla. *(Va a marcharse).*

ELÍAS: El hacha, Hofbauer.

(El ciudadano primero titubea, luego le devuelve el hacha y se va. Silencio en la tienda. El maestro sigue sentado en el barril).

EL MAESTRO: Tendrá que disculparme. He probado unas copitas de Steinhäger, dos o tres.

ELÍAS: De acuerdo.

(La familia sale por la derecha).

EL MAESTRO: Quería ayudarlo, pero me lo impidieron, y usted también se opuso. ¡Ay, Elías, qué clase de gente somos! Esos mil millones de maldad nos abrasan el corazón. Arriba el ánimo, hombre, luche por su vida, póngase en contacto con la prensa, no pierda usted más tiempo.

ELÍAS: No seguiré luchando.

EL MAESTRO *(asombrado)*: No me dirá que el miedo le ha hecho perder el juicio.

ELÍAS: Soy consciente de que no tengo ningún derecho.

EL MAESTRO: ¿Ningún derecho? ¿Frente a esa maldita vieja dama, esa puta desvergonzada que cambia de marido ante nuestras narices y va comprando nuestras almas?

ELÍAS: En el fondo el culpable soy yo.

EL MAESTRO: ¿Culpable?

ELÍAS: Yo hice de Clara lo que ahora es, y de mí lo que ahora soy: un tendero mezquino e inconsistente. ¿Qué puedo hacer, señor maestro? ¿Fingir inocencia? Todo es obra mía: los eunucos, el mayordomo, el ataúd, los mil millones. Ya no puedo ayudarme a mí mismo ni ayudarlos a ustedes.

(El maestro se incorpora con gran dificultad, tambaleándose).

EL MAESTRO: Se me ha ido la borrachera. De un momento a otro. *(Avanza hacia Elías, vacilante)*. Tiene razón. Toda la razón. Usted es el culpable de todo. Y ahora quisiera decirle algo, Alfred Elías, algo fundamental. *(Se queda tieso frente a Elías, tambaleándose levemente)*. Van a matarlo. Lo supe desde el principio, y usted también lo sabe hace tiempo, aunque en Güllen nadie quiera reconocerlo. La tentación es demasiado grande, y nuestra pobreza demasiado amarga. Pero sé algo más todavía. Y es que también yo participaré. Siento cómo lentamente me estoy convirtiendo en asesino. Mi fe en la humanidad es impotente. Y como lo sé, me he dado a la bebida. Tengo miedo, Elías, así como usted tuvo miedo. Sé que también a nosotros, algún día, vendrá a vernos una vieja dama, y que nos pasará lo mismo que ahora le ocurre a usted, aunque muy pronto, quizá dentro de pocas horas, yo mismo ya no lo sepa. *(Silencio)*. Otra botella de Steinhäger.

(Elías le alcanza una botella, el maestro titubea, pero luego la coge con gesto decidido).

EL MAESTRO: Apúntela en mi cuenta. *(Sale lentamente)*.

(Vuelve la familia. Elías pasea la mirada por su tienda como si soñase).

ELÍAS: Todo nuevo. Qué moderna se ve ahora nuestra tienda, qué limpia y agradable. Siempre soñé tenerla así. *(Coge la raqueta de tenis de la mano de su hija)*. ¿Juegas al tenis?

LA HIJA: He dado unas cuantas clases.

ELÍAS: A primera hora de la mañana ¿verdad? En vez de ir a la oficina de empleo.

LA HIJA: Todas mis amigas juegan al tenis.

(Silencio).

ELÍAS: Te he visto en un coche, Karl, desde mi ventana.

EL HIJO: Es sólo un Opel Olympia, no son tan caros.

ELÍAS: ¿Cuándo aprendiste a conducir?

(Silencio).

ELÍAS: ¿En vez de buscar trabajo en la estación bajo un sol abrasador?

EL HIJO: A veces. *(Algo desconcertado, el hijo saca por la derecha el barrilito sobre el que se había sentado el maestro)*.

ELÍAS: Al buscar mi traje dominguero, encontré un abrigo de pieles.

SEÑORA DE ELÍAS: Lo tengo a prueba.

(Silencio).

SEÑORA DE ELÍAS: Todos contraen deudas, Fredi. Tú eres el único histérico. Tu miedo es simplemente ridículo. Es evidente que el asunto se arreglará por la vía pacífica, sin que te toquen un pelo. Clarita no irá hasta el final, la conozco, tiene demasiado buen corazón.

LA HIJA: Seguro, papá.

EL HIJO: Tienes que admitirlo.

(Silencio).

ELÍAS *(lentamente)*: Hoy es sábado. Me gustaría dar una vuelta en tu coche, Karl, por una vez. En nuestro coche.

EL HIJO *(inseguro)*: ¿De veras?

ELÍAS: Poneos vuestras mejores ropas. Saldremos todos juntos.

SEÑORA DE ELÍAS *(insegura)*: ¿Yo también? Me parece poco correcto.

ELÍAS: ¿Por qué? Ponte el abrigo de pieles, será una oportunidad para estrenarlo. Entretanto haré la caja.

(La Señora Elías y la hija salen por la derecha, y el hijo por la izquierda, mientras Elías se ocupa de la caja. Por la izquierda entra el alcalde con un fusil).

EL ALCALDE: Buenas noches, Elías. No quiero molestarlo, pasaba sólo un momentito.

ELÍAS: Adelante, por favor.

(Silencio).

EL ALCALDE: Le traigo una escopeta.

ELÍAS: Gracias.

EL ALCALDE: Está cargada.

ELÍAS: No la necesito.

(El alcalde la apoya contra el mostrador).

EL ALCALDE: Esta noche se reúne el pleno del ayuntamiento en la sala de actos de «El apóstol dorado».

ELÍAS: Asistiré.

EL ALCALDE: Vendrán todos. Trataremos su caso en juicio público. Estamos, por así decirlo, ante un dilema improrrogable.

ELÍAS: Lo creo.

EL ALCALDE: Casi seguro que se rechace la propuesta de la vieja...

ELÍAS: Es posible.

EL ALCALDE: Claro está que podría equivocarme...

ELÍAS: También es posible, sí.

(Silencio).

EL ALCALDE *(recelosamente)*: Entonces, en el caso de que los miembros del ayuntamiento aceptaran públicamente la propuesta de la vieja, ¿admitiría usted el veredicto de culpabilidad, Elías? La prensa asistirá también.

ELÍAS: ¿La prensa?

EL ALCALDE: Y también la radio, la televisión y las revistas de actualidad. Mire, es una situación delicada, no sólo para usted, sino también para nosotros, créame. El hecho de que la señora naciera en este pueblo y que hace unos días contrajera matrimonio en la catedral nos ha dado tal popularidad que ahora quieren hacer un reportaje sobre el funcionamiento de nuestras viejas instituciones políticas.

ELÍAS *(ocupándose de la caja)*: Entonces, van a declararme culpable, pero no piensan revelar a la prensa cuál es la propuesta verdadera de la vieja...

EL ALCALDE: No de forma directa... Se mencionará, pero sólo los del pueblo comprenderán el auténtico sentido de lo que se habla...

ELÍAS: O sea, el hecho de que está en juego mi vida.

(Silencio).

EL ALCALDE: Mire, he pensado hablarles de ello, pero de forma velada. Ya he insinuado a los periodistas que la señora Zajanassian tiene la intención de crear una fundación mediante una colosal donación a la ciudad, donación que debemos a usted, porque usted ha solicitado reconocer públicamente el mal que le causó cuando eran jóvenes, y aceptar la declaración de culpabilidad de todo el pueblo. La amistad que los unió no es un secreto para nadie. De este modo, su reputación ante el mundo quedará limpia... pase lo que pase.

ELÍAS: Muy amable de su parte.

EL ALCALDE: A decir verdad, no lo hago por usted, sino por su encantadora y honorable familia.

ELÍAS: Comprendo.

EL ALCALDE: Nuestro juego es limpio, admítalo. Hasta ahora usted ha callado. Perfecto. Pero tiene que seguir callado en la reunión de esta noche. Dese cuenta de que si decide confesar públicamente lo que ocurre aquí, tendremos que resolver el asunto por la vía rápida, sin juicio público ni nada.

ELÍAS: Ya entiendo.

EL ALCALDE: ¿El qué entiende?

ELÍAS: Me alegra escuchar una amenaza abierta.

EL ALCALDE: Yo no lo amenazo, Elías, es usted quien nos amenaza. Si abre la boca, tendremos que pasar a la acción. Y rápido.

ELÍAS: Callaré.

EL ALCALDE: ¿Sea cual sea la sentencia del ayuntamiento?

ELÍAS: La aceptaré.

EL ALCALDE: Bien.

(Silencio).

EL ALCALDE: Me alegra que se someta a la decisión del pueblo, Elías. Aún le queda cierta honradez. Pero ¿no sería mejor si no tuviéramos que convocar esta reunión del concejo municipal?

ELÍAS: ¿Qué quiere usted decir?

EL ALCALDE: Hace un instante me dijo que no necesitaba esta escopeta. Quizá pueda hacerle falta, pese a todo...

(Silencio).

EL ALCALDE: Luego podríamos decirle a la señora que fuimos nosotros quienes lo ajusticiamos, y así nos daría el dinero. Me ha costado noches enteras decidirme a hacerle esta propuesta, créame. Después de todo, sería deber suyo poner fin a su vida ahora, asumiendo las consecuencias como un hombre de honor, ¿no le parece? Aunque sólo fuera por espíritu de solidaridad, por amor a su pueblo natal. Usted ya conoce nuestra amarga penuria, la miseria, los niños hambrientos...

ELÍAS: Ahora les va a todos perfectamente.

EL ALCALDE: ¡Elías!

ELÍAS: ¡Alcalde! Acabo de pasar por un infierno. He visto cómo todos ustedes se endeudaban, cada signo exterior de prosperidad me hacía sentir más próxima la muerte. Si me hubieran ahorrado ese miedo, aquel pánico atroz, todo habría sido distinto y ahora podríamos hablar en otros términos, y yo hasta usaría esa escopeta. Por amor a ustedes. Pero al final me he encerrado y he logrado superar mi miedo. En solitario. Ha sido difícil, pero lo he conseguido. Y no pienso dar marcha atrás. Ahora ustedes tienen que ser mis jueces. Me someteré a su sentencia, sea cual sea. Para mí eso es la justicia; ignoro qué será para vosotros. Quiera Dios que no tengan que arrepentirse de su veredicto. Pueden matarme: no me quejaré, ni protestaré, ni me defenderé, pero no puedo liberarlos de la responsabilidad de su acción.

EL ALCALDE *(cogiendo nuevamente el fusil)*: Es una verdadera lástima. Así pierde la oportunidad de lavar su culpa y convertirse en un hombre medianamente decente. Aunque supongo que eso sería mucho pedirle.

ELÍAS: Deme fuego, señor alcalde. *(Le enciende el cigarrillo).*

(El alcalde sale y entran la señora Elías envuelta en su abrigo de pieles, y la hija con un vestido rojo).

ELÍAS: ¡Qué distinguida te ves, Mathilde!

SEÑORA DE ELÍAS: Astracán.

ELÍAS: Como una gran dama.

SEÑORA DE ELÍAS: Es un poco caro.

ELÍAS: ¡Qué bonito vestido, Otilie! Un pelín atrevido ¿no te parece?

LA HIJA: ¡Qué dices, papá! ¡Si vieras mi vestido de noche!

(La tienda desaparece. El hijo pone cuatro sillas en el escenario vacío).

ELÍAS: Precioso el coche. Toda mi vida he intentado juntar un modesto capital que me permitiera ciertas comodidades, un coche así, por ejemplo, y ahora que ha llegado el momento, quisiera saber qué se siente. Tú ven atrás conmigo, Mathilde, que Otilie vaya junto a Karl. *(Se sientan en las sillas, simulando estar en un coche).*

EL HIJO: Puedo ir a ciento veinte.

ELÍAS: No tan rápido. Quiero contemplar el paisaje, el pueblo donde he vivido casi setenta años. Las viejas calles están limpias, y han restaurado muchas casas. De las chimeneas sale un humo gris, y en las ventanas hay geranios; girasoles y rosas adornan los jardines de la Puerta Goethe, risas infantiles, parejas de enamorados por todas partes. Muy moderno este edificio de la plaza Brahms.

SEÑORA DE ELÍAS: En el café Hodel están haciendo obras.

LA HIJA: Ahí va el médico en su Mercedes 300.

ELÍAS: La llanura y las colinas del fondo... hoy parecen doradas. Qué sombras tan impresionantes... y ahora pasamos otra vez a la luz. ¡Qué gigantescas las grúas de las empresas Wagner en el horizonte, y las chimeneas de Bockmann!

EL HIJO: La ciudad quiere comprarlas.

ELÍAS: ¿Cómo?

EL HIJO *(en voz más alta)*: ¡La ciudad quiere comprarlas! *(Toca el claxon).*

SEÑORA DE ELÍAS: ¡Qué vehículos más raros!

EL HIJO: Ciclomotores Messerschmidt. Cualquier aprendiz se cree obligado a comprarse uno.

LA HIJA: *C'est terrible.*

SEÑORA DE ELÍAS: Otilie está perfeccionando su francés y su inglés.

ELÍAS: Muy práctico. Mira el bar de Kübler. ¡Cuánto tiempo que no salía!

EL HIJO: Se convertirá en restaurante.

ELÍAS: Con esta velocidad tienes que hablar más fuerte.

EL HIJO (*en voz más alta*): Se convertirá en restaurante. Mirad, allá va Stocker, adelantando a todo el mundo con su "Buick".

LA HIJA: Un nuevo rico.

ELÍAS: Sigue por la hondonada hasta el castillo. Es bonito el paisaje. Me da la impresión de no haberlo mirado bien hasta hoy. Todas aquellas nubes amontonadas como en verano. Un paisaje muy hermoso, sumergido en la luz del atardecer. Es como si hoy lo viera por primera vez.

LA HIJA: Una atmósfera digna de Adalbert Stifter.

ELÍAS: ¿De quién?

SEÑORA DE ELÍAS: Otilie también estudia literatura.

ELÍAS: Estupendo.

EL HIJO: Hofbauer en su Volkswagen. Vuelve de Kaffigen.

LA HIJA: Con sus lechones.

SEÑORA DE ELÍAS: Karl conduce muy seguro. Fijaos con qué elegancia toma ahora esta curva. No hay por qué tener miedo.

EL HIJO: He puesto primera. La calle se empina de repente.

ELÍAS: Me quedaba sin aliento cada vez que la subía a pie.

SEÑORA ELÍAS: Hice bien en ponerme mi abrigo de pieles. Está refrescando.

ELÍAS: Te has equivocado de camino. Por aquí se va a Beisenbach. Tendrás que retroceder y coger luego a la izquierda, por el bosque de Konradswweiler.

(Los cuatro ciudadanos, esta vez de frac, entran con el banco de madera y simulan árboles).

CIUDADANO PRIMERO: Otra vez somos abetos, pinos, hayas.

CIUDADANO SEGUNDO: Pájaro carpintero y cuclillo, tímidos corzos.

CIUDADANO TERCERO: Catedrales de hiedra, oscuridad de fango.

CIUDADANO CUARTO: Atmósfera primigenia, cantada por muchos.

(El hijo toca el claxon).

EL HIJO: Otro corzo. Y ya ni se aparta del camino, la bestezuela.

(El ciudadano tercero se aleja dando saltos).

LA HIJA: Manso. Ya no lo cazarán los furtivos.

ELÍAS: Para aquí bajo estos árboles.

EL HIJO: Ahora mismo.

SEÑORA ELÍAS: ¿Qué quieres hacer?

ELÍAS: Caminar por el bosque. *(Se levanta)*. ¡Qué hermoso ese repique de campanas que llega de Gullen! Concluye la jornada laboral.

EL HIJO: Cuatro campanas. Ahora sí que da gusto oírlas.

ELÍAS: Todo está amarillo, por fin ha llegado el otoño. El follaje forma montículos de oro en el suelo.

(Camina sobre las hojas).

EL HIJO: Te esperamos abajo, en el puente de Gullen.

ELÍAS: No hace falta. Volveré al pueblo por el bosque. Quiero asistir a la reunión del concejo.

SEÑORA ELÍAS: En ese caso nos iremos a Kalberstadt, Fredi, al cine.

LA HIJA: *So long, Daddy.*

SEÑORA DE ELÍAS: ¡Hasta ahora! ¡Hasta ahora!

(La familia desaparece con las sillas. Elías los sigue con la mirada. Luego se sienta en el banco de madera, a la izquierda del escenario. Susurrar del viento entre las hojas. Por la derecha entran Roby y Toby llevando en la litera a Clara Zajanassian, que luce su vestido de siempre. Roby lleva una guitarra a la espalda. A su lado va el marido IX, premio Nobel, alto, delgado, bigote y pelo grisáceo: puede ser representado por el mismo actor que encarnó a los anteriores. Detrás, el mayordomo).

CLARA ZAJANASSIAN: El bosque de Konradswailer. Deteneos, Roby y Toby.

(CLARA ZAJANASSIAN baja de su litera, contempla el bosque a través de sus impertinentes y le acaricia la espalda al ciudadano primero).

CLARA ZAJANASSIAN: Escarabajo tipógrafo. Este árbol está condenado. *(Ve a Elías)*. ¡Alfred! ¡Qué alegría encontrarte! Estoy visitando mi bosque.

ELÍAS: ¿No me dirás que también el bosque de Konradswailer es tuyo?

CLARA ZAJANASSIAN: También. ¿Puedo sentarme a tu lado?

ELÍAS: Por favor. Acabo de despedirme de mi familia. Se van al cine. Karl se ha comprado un coche.

CLARA ZAJANASSIAN: ¡Qué progresos! *(Se sienta a la derecha de Elías)*.

ELÍAS: Y Otilie sigue un curso de literatura, además de inglés y francés.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Ves? Ya empiezan a tener ideales. Ven aquí Zoby, haz una venia. Mi noveno marido, premio Nobel.

ELÍAS: Mucho gusto.

CLARA ZAJANASSIAN: Es particularmente original cuando no piensa. Deja de pensar un momento, Zoby.

MARIDO IX: Pero tesoro...

CLARA ZAJANASSIAN: No me vengas ahora con melindres.

MARIDO IX: Bueno, bueno. *(No piensa)*.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Ves? Ahora parece un diplomático. Me recuerda al conde Holk, sólo que éste no hacía libros. Quiere retirarse, escribir sus memorias y administrar mi fortuna.

ELÍAS: Enhorabuena.

CLARA ZAJANASSIAN: Pues a mí me da cierta mala espina. A un marido se le mantiene para exhibirlo, no como objeto de uso. Ve a explorar, Zoby, encontrarás esa ruina histórica a la izquierda.

(El marido IX sale a explorar. Elías mira a su alrededor).

ELÍAS: ¿Y los dos eunucos?

CLARA ZAJANASSIAN: Empezaron a cotillear. Los he enviado a Bangkok, a uno de mis fumaderos de opio. Allí podrán fumar y soñar. Pronto los seguirá el mayordomo. Tampoco lo necesitaré. ¡Un Romeo et Juliette, Boby!

(El mayordomo se acerca desde el fondo y le da una cigarrera).

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Te apetece uno, Alfred?

ELÍAS: Con mucho gusto.

CLARA ZAJANASSIAN: Sírvete. Danos fuego, Boby.

(Fuman).

ELÍAS: ¡Qué aroma más bueno!

CLARA ZAJANASSIAN: En este bosque solíamos fumar juntos, ¿te acuerdas? Cigarrillos que le comprabas a Matildita. O que le robabas.

(El ciudadano primero golpea su pipa con una llave).

CLARA ZAJANASSIAN: De nuevo el pájaro carpintero.

CIUDADANO CUARTO: ¡Cucú! ¡Cucú!

ELÍAS: Y el cuclillo.

CLARA ZAJANASSIAN: ¿Quieres que Roby te toque algo en su guitarra?

ELÍAS: Claro que sí.

CLARA ZAJANASSIAN: Toca bien, ese asesino indultado. Lo necesito para mis ratos de meditación. Odio los gramófonos y las radios.

ELÍAS: *"Por el pedregoso valle africano marcha un batallón"*.

CLARA ZAJANASSIAN: Tu canción favorita. Se la he enseñado.

(Silencio. Fuman. Se oye el canto del cuclillo y los susurros del bosque. Roby toca la balada).

ELÍAS: ¿Tuviste... quiero decir, tuvimos un hijo?

CLARA ZAJANASSIAN: Por supuesto.

ELÍAS: ¿Fue un varón o una niña?

CLARA ZAJANASSIAN: Una niña.

ELÍAS: ¿Y qué nombre le pusiste?

CLARA ZAJANASSIAN: Geneviève.

ELÍAS: Bonito nombre.

CLARA ZAJANASSIAN: Sólo la vi una vez. Cuando nació. Luego me la quitaron. La Asistencia Social Cristiana.

ELÍAS: ¿Cómo eran sus ojos?

CLARA ZAJANASSIAN: Aún no los había abierto.

ELÍAS: ¿Y el pelo?

CLARA ZAJANASSIAN: Negro, creo, aunque eso suele ser común en los recién nacidos.

ELÍAS: Así es.



(Silencio. Fuman. Se oye la guitarra).

ELÍAS: ¿Dónde murió?

CLARA ZAJANASSIAN: En casa de una familia. He olvidado el nombre.

ELÍAS: ¿Y de qué?

CLARA ZAJANASSIAN: De meningitis. O quizá de otra cosa. Recibí un papel de las autoridades.

ELÍAS: En caso de muerte se puede confiar en ellas.

(Silencio).

CLARA ZAJANASSIAN: Ya te he contado lo de nuestra hijita. Ahora hálame tú de mí.

ELÍAS: ¿De ti?

CLARA ZAJANASSIAN: Dime cómo era a los diecisiete años, cuando tú me querías.

ELÍAS: Una vez tuve que buscarte largo rato en el granero de Peter, y te encontré dentro del coche de alquiler, sin más ropa que una camisa y con una larga brizna de paja entre los labios.

CLARA ZAJANASSIAN: Tú eras fuerte y valiente. Te peleaste con aquel ferroviario que me seguía. Y yo te restañé la sangre de la cara con mi enagua roja.

(La guitarra enmudece).

CLARA ZAJANASSIAN: Ha terminado la balada.

ELÍAS: Y ahora: *"Oh patria hermosa y querida"*.

CLARA ZAJANASSIAN: Ésa también la sabe Roby.

(Vuelve a oírse la guitarra).

ELÍAS: Pues nada. Es la última vez que nos sentamos en nuestro perverso bosque, donde canta el cuclillo y el viento susurra.

(Los árboles agitan sus ramas).

ELÍAS: Esta noche se reúne el concejo municipal. Seré condenado a muerte, y uno de ellos me matará. Ignoro quién lo hará y dónde, sólo sé que así concluiré una vida absurda.

CLARA ZAJANASSIAN: Yo te amaba. Tú me traicionaste. Pero no he olvidado el sueño de la vida, del amor y la confianza, aquel sueño que alguna vez fue real. Quiero recuperarlo con mis millones, cambiar el pasado destruyéndote.

ELÍAS: Te agradezco las coronas, los crisantemos y las rosas.

(Nuevos susurros del viento entre el follaje).

ELÍAS: Lucen muy bien sobre el ataúd en «El apóstol dorado». Dan un toque de distinción.

CLARA ZAJANASSIAN: Te llevaré a Capri en tu ataúd. He mandado construir un mausoleo en el parque de mi palacio. Rodeado de cipreses, con vista al Mediterráneo.

ELÍAS: Lo conozco solamente por fotos.

CLARA ZAJANASSIAN: Azul profundo. Un panorama grandioso. Allí te quedarás. A mi lado.

ELÍAS: Y ahora ha terminado "*Oh patria hermosa y querida*".

(Vuelve el marido IX).

CLARA ZAJANASSIAN: El premio Nobel vuelve de sus ruinas. ¿Qué tal, Zoby?

MARIDO IX: Paleocristianas. Destruídas por los hunos.

CLARA ZAJANASSIAN: Lástima. Dame tu brazo. La litera, Roby y Toby.

(Sube a la litera).

CLARA ZAJANASSIAN: Adiós, Alfred.

ELÍAS: Adiós, Clara.

(La litera es llevada al fondo del escenario. Elías permanece sentado en el banco. Los árboles arrojan sus ramas. De lo alto baja un pórtico teatral con los habituales telones y revestimientos, y un cartel donde se lee «La vida es seria, el arte, alegre». Por el fondo entra el policía luciendo un magnífico uniforme nuevo, y se sienta junto a Elías. Luego entra un locutor de radio y empieza a hablar por el micrófono, mientras van llegando los güllenses. Todo el mundo va vestido solemnemente, de frac. Por todas partes se ven cámaras grabando, fotógrafos y periodistas).

EL LOCUTOR: Señoras y señores, tras el reportaje en la casa natal y la conversación con el pastor, asistiremos ahora a una reunión del concejo municipal. Llegamos así al punto culminante de la visita que la señora Claire Zajanassian viene efectuando a la simpática y entrañable ciudad que la vio nacer. Aunque la famosa dama no esté aquí presente, el alcalde hará una importante declaración en su nombre. Nos encontramos en la sala de actos de «El apóstol dorado», ese hotel en el que Goethe pernoctó una vez. En el escenario, que normalmente acoge reuniones oficiales y representaciones del Centro Dramático de Kalberstadt, se están ya congregando los hombres, lo cual, según acaba de explicarnos el alcalde, responde a una antigua costumbre. Las mujeres, y eso también es una tradición, se instalan en la platea. Reina un ambiente de gran solemnidad y la tensión es extraordinaria en esta sala, donde se han dado cita productores de noticieros cinematográficos, colegas de la televisión y reporteros de todo el mundo. Y ahora oigamos qué nos dice el alcalde.

(Micrófono en mano, el locutor se dirige hacia el alcalde, que está de pie en medio del escenario. Los hombres de Güllen lo rodean formando un semicírculo).

EL ALCALDE: Empezaré dando la más cordial bienvenida a los vecinos de Güllen, al tiempo que declaro abierta esta sesión. Orden del día: un solo punto. Es para mí un honor poder comunicarles que la señora Claire Zajanassian, hija de nuestro distinguido conciudadano, el arquitecto Gottfried Wäscher, tiene la intención de obsequiarnos con mil millones.

(Murmullo general entre los hombres de prensa).

EL ALCALDE: Quinientos millones a la ciudad, y quinientos millones a repartir entre todos los habitantes.

(Silencio).

EL LOCUTOR *(con la voz en sordina)*: Estimados oyentes, estamos ante un evento absolutamente sensacional. Una donación que, de la noche a la mañana, hará inmensamente ricos a los habitantes de esta pequeña localidad, y que supone además uno de los mayores experimentos sociales de nuestro tiempo. La asamblea entera está como aturdida. Reina un silencio sepulcral. La emoción se refleja en todos los rostros.

EL ALCALDE: Y ahora cedo la palabra al maestro.

(El locutor se acerca al maestro con el micrófono).

EL MAESTRO: Güllenses. Debemos tener claro que, al hacernos esta donación, la señora Zajanassian persigue un objetivo muy concreto. ¿Cuál es? ¿Querrá acaso hacernos felices con su dinero, cubrirnos de oro, reflotar las empresas Wagner, la fundición o la fábrica Bockmann? De sobra sabemos que no es así. La señora Clara Zajanassian se ha propuesto algo más importante. A cambio de sus mil millones quiere justicia: la justicia. Quiere que nuestra comunidad reconozca que cometió un error con ella y se transforme en una comunidad justa. Tal exigencia nos sorprende. ¿No hemos sido acaso una comunidad justa?

CIUDADANO PRIMERO: ¡No! ¡Nunca!

CIUDADANO SEGUNDO: ¡Hemos tolerado un crimen!

CIUDADANO TERCERO: ¡Un juicio erróneo!

CIUDADANO CUARTO: ¡Un perjurio!

UNA VOZ FEMENINA: ¡Y a un granuja!

OTRAS VOCES: ¡Muy bien!

EL MAESTRO: ¡Vecinos de Güllen! Ésta es la amarga realidad: hemos tolerado una injusticia. Soy perfectamente consciente de la prosperidad que nos brindarán esos mil millones. No ignoro en absoluto que la miseria es la causa de muchos males y amarguras, y, sin embargo, hoy no estamos hablando de dinero *(ovación gigantesca)*, ni de bienestar, o buena vida o lujo; se trata de saber si queremos ser justos y queremos defender los ideales por los que vivieron, combatieron o murieron nuestros antepasados, y que constituyen los valores de nuestra civilización occidental *(ovación gigantesca)*. Es la libertad lo que está en juego cuando se vulnera el amor al prójimo, cuando se desobedece el mandamiento de defender a los débiles, se ultraja el matrimonio, se engaña a un tribunal y se abandona en la miseria a una joven madre *(gritos de condena)*. Ya es hora de que, en nombre de Dios, tomemos en serio nuestros ideales: ¡Y que lo hagamos con trágica gravedad! *(Ovación gigantesca)*. La riqueza no tiene sentido sino cuando es fuente de gracia, pero la gracia sólo se concede al que tiene hambre de ella. ¿Sienten ustedes esta hambre, güllenses, el hambre del espíritu, y no sólo aquella otra, profana, el hambre del cuerpo? Ésta es la pregunta que deseaba hacerles en mi condición de director del instituto de Güllen. Sólo si no son capaces de tolerar el mal, sólo si no pueden ya, bajo ningún concepto, seguir viviendo en un mundo en el que impera la injusticia, sólo en ese caso podrán aceptar los mil millones de la señora Zajanassian y

satisfacer la condición de la que depende su entrega. Les pido, pues, güllenses, que reflexionen seriamente sobre este problema. *(Ovación estruendosa)*.

EL LOCUTOR: Ya oyen ustedes los aplausos, señoras y señores. La emoción me embarga. El discurso del director ha revelado una grandeza moral que, por desgracia, es poco frecuente encontrar hoy en día. Valerosamente ha ido señalando una serie de anomalías de carácter general, ese tipo de injusticias que suelen producirse en cualquier comunidad, donde quiera que haya seres humanos.

EL ALCALDE: Alfred Elías...

EL LOCUTOR: El alcalde ha vuelto a tomar la palabra.

EL ALCALDE: Alfred Elías, tengo que hacerle una pregunta.

(El policía da un empujón a Elías, que se levanta. El locutor se acerca a él con el micrófono).

EL LOCUTOR: Y ahora oigamos la voz del hombre cuya culpabilidad dio origen a la propuesta de la señora Zajanassian, la voz de Alfred Elías, el amigo de juventud de la benefactora. Alfred Elías es un hombre muy bien conservado para sus casi setenta años, un recio güllense de viejo cuño que, naturalmente, está conmovido y lleno de gratitud y satisfacción interior.

EL ALCALDE: La Fundación Clara Zajanassian, dotada de mil millones, nos ha sido ofrecida debido a usted, a sus horribles actos del pasado, Alfred Elías. ¿Es consciente de ello?

(Elías dice algo en voz baja).

EL LOCUTOR: Tiene que hablar más alto, buen hombre, para que nuestros oyentes también puedan seguirlo.

ELÍAS: Sí.

EL ALCALDE: ¿Respetará usted nuestra decisión sobre la aceptación o el rechazo de la Fundación?

ELÍAS: La respetaré.

EL ALCALDE: ¿Desea alguien hacerle una pregunta a Alfred Elías?

(Silencio).

EL ALCALDE: ¿Algún comentario sobre la donación de la señora Zajanassian?

(Silencio).

EL ALCALDE: ¿Señor pastor?

(Silencio).

EL ALCALDE: ¿Señor médico?

(Silencio).

EL ALCALDE: ¿La policía?

(Silencio).

EL ALCALDE: ¿La oposición política?

(Silencio).

EL ALCALDE: En ese caso procederé a la votación.

(Silencio. Sólo se oye el susurro de las cámaras que graban entre flashes de los fotógrafos).

EL ALCALDE: Quien de buena fe quiera que se haga justicia, que levante la mano.

(Todos levantan la mano, excepto Elías).

EL LOCUTOR: Reina un silencioso recogimiento en la sala de actos. No se ve sino un mar de manos levantadas como en una conjura para instaurar un mundo mejor y más justo. Sólo el anciano permanece inmóvil en su asiento, embargado por la alegría. Reconociendo su culpa, ha logrado su objetivo, que se cree la Fundación gracias a la generosidad de su amiga de juventud.

EL ALCALDE: Queda aceptada la donación de Clara Zajanassian. Por unanimidad. Y no por amor al dinero...

LA COMUNIDAD: Y no por amor al dinero...

EL ALCALDE:... sino en nombre de la justicia...

LA COMUNIDAD:... sino en nombre de la justicia...

EL ALCALDE:... y por un cargo de conciencia.

LA COMUNIDAD:... y por un cargo de conciencia.

EL ALCALDE: Pues no podemos vivir tolerando entre nosotros un crimen...

LA COMUNIDAD: Pues no podemos vivir tolerando entre nosotros un crimen...

EL ALCALDE:... que debemos extirpar...

LA COMUNIDAD:... que debemos extirpar...

EL ALCALDE:... para que nuestras almas y nuestros bienes más sagrados...

LA COMUNIDAD:... para que nuestras almas y nuestros bienes más sagrados...

EL ALCALDE:... no sufran detrimento alguno.

LA COMUNIDAD:... no sufran detrimento alguno.

ELÍAS *(gritando)*: ¡Dios mío!

(Todos están de pie con las manos en alto, en actitud solemne, pero la filmadora del noticiero tiene una avería).

EL OPERADOR: Lástima, señor alcalde. Ha habido un fallo de iluminación. Le ruego repetir la votación final.

EL ALCALDE: ¿Que la repita?

EL OPERADOR: Para los documentales cinematográficos.

EL ALCALDE: De acuerdo.

EL OPERADOR: ¿Listos los reflectores?

UNA VOZ: Listos.

EL OPERADOR: ¡Cámara, acción!

(El alcalde repite la escena).

EL ALCALDE: Quien de buena fe quiera que se haga justicia, que levante la mano.

(Todos levantan la mano).

EL ALCALDE: Queda aceptada la donación de Clara Zajanassian. Por unanimidad. Y no por amor al dinero...

LA COMUNIDAD: Y no por amor al dinero...

EL ALCALDE:... sino en nombre de la justicia...

LA COMUNIDAD:... sino en nombre de la justicia...

EL ALCALDE:... y por un cargo de conciencia.

LA COMUNIDAD:... y por un cargo de conciencia.

EL ALCALDE: Pues no podemos vivir tolerando entre nosotros un crimen...

LA COMUNIDAD: Pues no podemos vivir tolerando entre nosotros un crimen...

EL ALCALDE:... que debemos extirpar...

LA COMUNIDAD:... que debemos extirpar...

EL ALCALDE:... para que vuestras almas y nuestros bienes más sagrados...

LA COMUNIDAD:... para que vuestras almas y nuestros bienes más sagrados...

EL ALCALDE:... no sufran detrimento alguno.

LA COMUNIDAD:... no sufran detrimento alguno.

(Silencio).

EL OPERADOR *(en voz baja)*: ¡Venga, Elías!

(Silencio).

EL OPERADOR *(desilusionado)*: Pues nada. Lástima que esta vez no lanzara ese jubiloso «¡Dios mío!». Fue particularmente impresionante.

EL ALCALDE: Los señores de la prensa, de la radio y del cine quedan invitados a tomar una copita en el restaurante. Para mayor comodidad pueden abandonar la sala por la salida del escenario. A las señoras se les servirá un té en el jardín de «El apóstol dorado».

(La gente de prensa, radio y cine sale por el fondo de la escena, a la derecha, los hombres permanecen en el escenario, inmóviles. ELÍAS se levanta con la intención de irse).

EL POLICÍA: ¡Quédate! *(Lo obliga a sentarse de nuevo en el banco).*

Elías: ¿Queréis hacerlo hoy mismo?

EL POLICÍA: Por supuesto.

Elías: Pensé que lo mejor sería hacerlo en mi casa.

EL POLICÍA: Lo haremos aquí.

EL ALCALDE: ¿No queda nadie en la platea?

(Los ciudadanos tercero y cuarto observan la platea).

CIUDADANO TERCERO: Nadie.

EL ALCALDE: ¿Y en la galería?

CIUDADANO CUARTO: Está vacía.

EL ALCALDE: Cerrad las puertas. Que nadie entre en la sala.

(Los dos ciudadanos bajan a la platea).

CIUDADANO TERCERO: Cerrada.

CIUDADANO CUARTO: Cerrada.

EL ALCALDE: Apagad las luces. La luna llena entra por los ventanales de la galería. Eso basta.

(La escena se oscurece. A la débil luz de la luna sólo se distinguen vagamente las siluetas).

EL ALCALDE: Formad una calle.

(Los güllenses forman una calle, en uno de cuyos extremos se halla el gimnasta, que lleva esta vez unos elegantes pantalones blancos y una faja sobre la camiseta de gimnasia).

EL ALCALDE: Señor pastor, cuando guste.

(El pastor se acerca lentamente a Elías y se sienta a su lado).

EL PASTOR: Pues nada, Elías, ha llegado su hora difícil.

ELÍAS: Un cigarrillo.

EL PASTOR: Un cigarrillo, señor alcalde.

EL ALCALDE *(con voz cálida)*: Por supuesto. Uno particularmente bueno. *(Le alcanza la cajetilla al pastor, que se la pasa a Elías. Este coge un cigarrillo, el policía le da fuego, y el pastor devuelve la cajetilla al alcalde).*

EL PASTOR: Como ya dijo el profeta Amos...

ELÍAS: No, por favor. *(Fuma)*.

EL PASTOR: ¿No tiene miedo?

ELÍAS: Ya no mucho. *(Fuma)*.

EL PASTOR *(desconcertado)*: Rezaré por usted.

ELÍAS: Rece más bien por Güllen. *(Elías sigue fumando. El pastor se levanta poco a poco)*.

EL PASTOR: Que Dios se apiade de nosotros. *(Se incorpora pausadamente a las filas de los otros)*.

EL ALCALDE: ¡Póngase de pie, Alfred Elías!

(Elías titubea).

EL POLICÍA: ¡Levántate, cerdo! *(Lo levanta de un tirón)*.

EL ALCALDE: ¡Sargento, domínese!

EL POLICÍA: Perdón. No he podido evitarlo.

EL ALCALDE: ¡Acérquese, Alfred Elías!

(Elías deja caer el cigarrillo y lo aplasta con el pie. Luego se dirige lentamente al centro del escenario y se detiene, de espaldas al público).

EL ALCALDE: Intérnese en la calle.

(Elías titubea).

EL POLICÍA: ¡Venga, muévete!

(Elías se interna a paso lento en la silenciosa calle formada por los hombres. Al fondo, el gimnasta le cierra el paso. Elías se detiene, se vuelve, ve cómo la calle se empieza a cerrar inexorablemente a sus espaldas y cae de rodillas. La calle se transforma en un ovillo humano que, en total silencio, se apelo-tona y se acuclilla gradualmente. Por la izquierda, junto al proscenio, entran los periodistas. Se encienden las luces).

PERIODISTA I: ¿Qué ha pasado aquí?

(El ovillo humano se disgrega. Los hombres se agrupan al fondo, siempre en silencio. Delante sólo queda el médico, arrodillado ante un cadáver cubierto con un mantel a cuadros, como los que suelen usarse en los bares. El médico se incorpora y se quita el estetoscopio).

EL MÉDICO: Paro cardíaco.

(Silencio).

EL ALCALDE: Ha muerto de alegría.

PERIODISTA I: Ha muerto de alegría.

PERIODISTA II: La vida escribe las historias más hermosas.

PERIODISTA I: Venga, a trabajar.

(Los periodistas se dirigen rápidamente al fondo y salen por la derecha. Por la izquierda entra Clara Zajanassian, seguida del mayordomo. Al ver el cadáver se detiene un momento, antes de avanzar lentamente hasta el centro del escenario y volverse hacia el público).

CLARA ZAJANASSIAN: Traedlo aquí.

(Roby y Toby entran con una camilla, instalan a Elías en ella y lo depositan a los pies de Clara Zajanassian).

CLARA ZAJANASSIAN *(inmóvil)*: Descúbrelo, Bobby.

(El mayordomo descubre la cara de Elías. Ella, inmóvil, lo contempla largo rato).

CLARA ZAJANASSIAN: Vuelve a ser el mismo que era en otros tiempos, la pantera negra. Cúbrelo.

(El mayordomo le vuelve a cubrir la cara).

CLARA ZAJANASSIAN: Metedlo en el ataúd.

(Roby y Toby salen por la izquierda llevándose el cadáver).

CLARA ZAJANASSIAN: Condúceme a mi habitación, Bobby. Que hagan las maletas de inmediato. Nos vamos a Capri.

(El mayordomo le da el brazo y ella se dirige a paso lento hacia la izquierda. De pronto se detiene).

CLARA ZAJANASSIAN: Alcalde.

(Desde el fondo, impertérrito, el alcalde abandona la silenciosa fila de los hombres y avanza lentamente hacia ella).

CLARA ZAJANASSIAN: El cheque. *(Le entrega un papel y sale con el mayordomo).*

(Si la calidad de la ropa denotaba un bienestar en aumento discreto, nada cargante, aunque más evidente día a día, si el escenario se iba haciendo cada vez más atractivo y sugería, al transformarse, un ascenso en la escala social, como si, imperceptiblemente, se pasara de un barrio pobre al centro de una opulenta ciudad moderna, si el pueblo no paraba de enriquecerse, este gradual mejoramiento encuentra su apoteosis en la escena final. Aquel mundo otrora gris se ha transformado en riqueza, en algo rebosante de esplendor técnico, y culmina en un happy end universal. Banderolas, guirnaldas, carteles y luces de neón adornan la estación remozada. Los güllenses, hombres y mujeres enfundados en fracs y vestidos de noche, respectivamente, forman dos coros muy similares a los de la tragedia griega, no por azar, sino para determinar su posición, como si un barco averiado y muy desviado de su ruta emitiese las últimas señales).

CORO I:

Mil remedios tiene el horror,
violentos terremotos,
montañas que escupen fuego,
inundaciones marinas,
y guerras también, carros de combate
resonando en los trigales,
y el hongo espectral de la bomba atómica.

CORO II:

Pero nada hay más atroz que la miseria,
pues no conoce aventuras,
y sin piedad oprime a la especie humana,
desgranando días idénticos
en una triste monotonía.

LAS MUJERES:

Impotentes ven las madres consumirse aquello que más quieren.

LOS HOMBRES:

El hombre, en cambio,
trama rebeliones
fragua traiciones,
CIUDADANO PRIMERO:
caminando con sus viejos zapatos,
CIUDADANO TERCERO:
un hediondo pitillo entre los labios.
CORO I:
Pues los puestos de trabajo,
que daban pan en otro tiempo,
vacíos están.
CORO II:
Y los veloces trenes el pueblo esquivan.
TODOS:
Felices nosotros,
SEÑORA ELÍAS:
a los que una fortuna favorable,
TODOS:
de aquel yugo ha liberado.
LAS MUJERES:
Un digno vestuario
cubre ahora los hermosos cuerpos,
EL HIJO:
y el joven conduce un coche deportivo,
LOS HOMBRES:
y su limusina el comerciante,
LA HIJA:
y la joven alcanza la pelota
sobre una superficie roja.
EL MÉDICO:
En el nuevo quirófano de verdes azulejos,
alegre opera el médico.
TODOS:
La cena humea en casa,
y todos, satisfechos y
bien calzados, mejor tabaco saborean.
EL MAESTRO:
Ávidamente aprenden los ávidos de saber.
CIUDADANO SEGUNDO:
Una sobre otra acumula fortunas
el industrial emprendedor,
TODOS:
Rembrandt sobre Rubens,
EL PINTOR:
y el arte nutre a manos llenas al artista.
EL PASTOR:
Rebosa la seo de fieles
en Navidades, Pascua y Pentecostés,
TODOS:
y los trenes,
que sobre acerados rieles vuelan,
veloces y altivos, de ciudad en ciudad,
uniendo países enteros,
de nuevo aquí se detienen.

(Por la izquierda entra el revisor).

EL REVISOR: ¡Güllen!

EL JEFE DE ESTACIÓN: ¡Expreso Güllen-Roma! ¡Va a efectuar su salida! ¡Vagón restaurante en cabeza!

(Por el fondo entra Clara Zajanassian en su litera, inmóvil, como un viejo ídolo de piedra, y avanza entre ambos coros seguida de su séquito).

EL ALCALDE: Ya parte...

TODOS: ... la que de riquezas nos colmó...

LA HIJA: ... nuestra benefactora...

TODOS: ¡En compañía de su noble séquito!

(Clara Zajanassian desaparece por la derecha. Cierran el cortejo unos mozos de cuerda que cargan el ataúd dando un largo rodeo).

EL ALCALDE: Que sea feliz.

TODOS: Se lleva una preciosa carga que le hemos confiado.

(El jefe de estación da la señal de partida).

EL PASTOR: Y que un Dios...

TODOS: ... nos conserve...

EL ALCALDE: ... el bienestar...

TODOS: ... en el trepidante torbellino de estos tiempos.

¡Conserva, Oh Dios, nuestros sagrados bienes,

consérvanos la paz

y la libertad!

¡Y mantente lejos de nosotros, noche,

y no oscurezcas más nuestra ciudad,

esta ciudad nueva y espléndida,

para que todos gocemos de felicidad!

TELÓN

Fin de "La visita de la vieja dama"

Comentario I

La visita de la vieja dama es una historia que transcurre en una pequeña ciudad de Europa central y está escrita por alguien que no pretende distanciarse de sus personajes, ya que no está seguro de que obraría de distinta forma que los güllenses en la misma situación. Lo que la historia signifique por añadidura no hace falta decirlo aquí ni escenificarlo en el teatro. Esto también vale para el desenlace de la obra. Si bien es verdad que los güllenses hablan al final más solemnemente de lo natural y se acercan

a lo que se da en llamar poesía, ha de atribuirse solamente a que los habitantes de Gullen se han vuelto ricos y, como nuevos ricos que son, se esfuerzan por hablar de forma más rebuscada..

Yo describo seres humanos, no marionetas, pongo en escena una acción, no una alegoría, propongo un mundo, no una moral, como se me imputa a veces; es más: ni siquiera intento confrontar mi obra con el mundo, porque esto es algo que irá surgiendo espontáneamente mientras consideremos que el público también forme parte del teatro. Una obra de teatro se limita, para mí, a las posibilidades escénicas, independientemente del ropaje de un estilo. Cuando los cuatro güllenses representan árboles y animales en escena, no se trata de surrealismo, sino de hacer más soportable la lamentable escena de amor que se da en el bosque, es decir, el ridículo acercamiento de un viejo a una dama medio inválida, acercamiento más tolerable en una atmósfera con tinte poético.

Yo escribo siempre con una confianza inmanente en el teatro y en el actor. Este es mi estímulo principal. El material me fascina. El actor necesita poco para encarnar un personaje. Solo su piel, es decir, el lenguaje que, naturalmente, ha de adecuarse a él. Es decir: de la misma forma que un organismo se revela exteriormente por la piel que lo cubre, una obra de teatro se define por su lenguaje, que es lo único que proporciona el autor a la obra. El lenguaje es su resultado. Ahora bien: el autor no puede centrarse en exclusiva en el lenguaje, sino en aquello que genera el lenguaje, el pensamiento y la acción, por ejemplo. Solo los diletantes se preocupan exclusivamente del lenguaje en sí y el estilo. La labor del actor, en mi opinión, debe ser llegar al mismo resultado, es decir, a reflejar como natural lo que es arte. La obra ha de interpretarse así como está, sin buscar segundas intenciones, ya que lo que la obra entraña ajeno a la misma acción se dará por añadidura.

No me tengo por un autor de la vanguardia actual. Sin embargo, tengo mi propia teoría del arte (¡hay tantas cosas que a uno le gustan!), pero la considero como una opinión privada y me guardo de manifestarla, ya que entonces tendría que regirme por ella, y prefiero pasar por un tipo un poco adánico, un poco confuso y un poco desconcertado por el tratamiento formal de las obras. Lo más aconsejable será que monten esta obra al modo de una obra popular, como si fuese un Nestroy consciente de lo que hace, pues esta será la mejor forma de comprenderme. En el montaje de la obra, respétese mis ideas sin meterse a buscar tres pies al gato. Respétese también mi transformación escénica sin pausas ni telones; intérpretese la escena del auto con total simplicidad, o sea, con un auto de teatro que tenga solo lo imprescindible para sugerir la acción: asientos, volante, parachoques... y de forma que se vea con el capó frente a los espectadores. El asiento trasero será más alto que el delantero. Se evitará que el auto tenga aspecto de nuevo, como lo han de tener los zapatos amarillos, trajes y todas las prendas que indican el progresivo confort de los güllenses. (Que conste que esta escena no tiene nada que ver con Wilder. ¿Que a qué viene esto? Por si los críticos...)

Clara Zajanassian no representa la justicia, ni el plan Marshall, ni menos aún el Apocalipsis. Deberá ser solamente lo que es: la mujer más rica del mundo que, gracias a su fortuna, está en condiciones de actuar como una heroína de la antigua tragedia griega, de forma cruel y absoluta, como Medea, por ejemplo. Puede permitírsele. La dama tiene humor, no hay que olvidarlo, ya que guarda distancia ante la gente como ante una mercancía comprable, y se distancia también frente a sí misma. Posee además una extraña gracia, un encanto perverso. Y sin embargo, como se mueve fuera del orden humano, acaba convertida en algo inmutable, rígido, incapaz ya de evolucionar y sin otra opción que la de petrificarse, de convertirse en ídolo. Es una aparición poética, como también lo es su séquito, incluidos los eunucos, que no deberán representarse recurriendo al fastidioso expediente realista de emplear voces de castrados, sino más bien dentro de un marco irreal, fabuloso, tenue: son seres fantasmagóricos dentro de su felicidad vegetativa, víctimas de una venganza total, que es lógica como los códigos de los tiempos

primitivos. (Para mayor facilidad, ambos pueden hablar también alternativamente, en vez de hacerlo al mismo tiempo, aunque en este caso sin repetir las frases).

Si Clara Zajanassian es una heroína inmutable desde el principio, su viejo amante se convierte gradualmente en héroe. Tendero sórdido, cae víctima de la millonaria desde el primer momento sin sospecharlo, y se hace culpable de creer que la vida ha eliminado todo rastro de culpa por sí misma. Es un hombrachón irreflexivo, un individuo simple al que el miedo y el terror le hacen comprender lentamente algo personalísimo, que vive la justicia en carne propia porque reconoce su culpa, y que la muerte lo engrandece (su muerte no carece de cierta monumentalidad). Es una muerte que tiene y no tiene sentido al mismo tiempo. Lo tendría sólo en el reino mítico de una antigua polis, pero el caso es que la historia acontece en Gullen. Y en la época actual.

A los héroes los acompañan los güllenses, hombres como cualquiera de nosotros. No han de ser representados como malvados, ni mucho menos. Al principio están firmemente decididos a rechazar la oferta. Luego, se meten en deudas, pero no porque se propongan asesinar a Elías, sino porque en su despreocupación piensan que todo terminará del mejor modo, sin necesidad de dramas. Así ha de entenderse y escenificarse el segundo acto, al igual que la escena de la estación, donde la angustia existe sólo en la cabeza de Elías, el único en comprender su situación. En la estación, los güllenses no pronuncian ni una palabra hostil. El punto de inflexión, sin embargo, se da en el granero de Peter, donde la fatalidad se hace inevitable. A partir de este momento los güllenses se van preparando para el crimen, se escandalizan del delito de Elías, etcétera. Solo la familia Elías se aferra hasta el final a la idea de que todo terminará bien. La familia no es malvada, sino tan débil como los demás. Se trata de una comunidad que va cediendo lentamente a la tentación, como le pasa al maestro. Este proceso ha de ser comprensible. La tentación es demasiado grande y la pobreza demasiado extrema. *La visita de la vieja dama* es una obra perversa, es decir, donde la maldad surge; pero, por lo mismo, no debe hacerse resaltar, sino representarse de la forma más humana, con compasión y no con indignación por lo que pasa, pero, ¡por favor!, también con humor, pues nada daña tanto a esta comedia, que termina tan trágicamente, como una seriedad exagerada.

FRIEDRICH DÜRRENMATT

(Escrito en 1956 para la primera edición, Verlag der Arche, Zurich, 1956).

Comentario II

Existen dos versiones de *La visita de la vieja dama*. En 1959, el Atelier-Theater me pidió que montara mi comedia en honor de su director, Paul Alster, que había llegado a Berna como emigrante veinticinco años antes. Hilde Hildebrand interpretaría el papel de la vieja dama, y el propio Alster el de Elías.

Miré el escenario. Como escenógrafo me habían propuesto a Ary Öchslin, quien despejó sin más ni más mis dudas respondiéndome que en cualquier escenario podía hacerse de todo. Pese a ello quedé muy desconcertado cuando tuve ante mis ojos el pequeño escenario; se encontraba en un sótano y no tenía mucho fondo ni espacios laterales, pero en cambio poseía un gran foso en el centro de la escena, de dimensiones gigantescas en comparación con ella. Acepté en seguida. Ya sabía cómo montar la obra: haría subir desde abajo a Clara Zajanassian, como si pasara del andén a la estación utilizando un pasaje subterráneo, que es lo que suele hacerse en muchas estaciones.

Tuve que reducir el número de personajes para la representación. También hice cambios en el segundo acto, añadiendo la escena en la que Elías amenaza a la vieja dama con el fusil y tachando las demás escenas en el balcón. En el tercer acto simplifiqué la escena de la tienda.

Por lo demás, Hilde Hildebrand resultó ser una de las mejores viejas damas que jamás he visto, una de las más convincentes: uno le creía su destino. Después del estreno, la ciudad organizó una gran fiesta, y el presidente del consejo municipal, que era jefe de la policía en su condición de concejal, leyó con voz solemne el registro de antecedentes penales de Alster, bastante engrosado a lo largo de veinticinco años de vivir como emigrante, tras lo cual fue nombrado hijo adoptivo de Berna.

FRIEDRICH DÜRRENMATT

(Escrito para la edición de la Diogenes Verlag de Zurich, en 1980).

Apostillas, en orden alfabético

ALTA COYUNTURA: Comedia de la alta coyuntura: subtítulo inicial de la obra.

ALUSIÓN: No se alude al mundo actual, pero la época actual da la pauta.

AUTOR: Ha escrito en calidad de cómplice.

BEISENBACH: Localidad entre Brunnhübel y Leuthenau.

BOLSISTA: Tren expreso diario entre Hamburgo y Zurich.

BOSQUE DE KONRADSWEILER: Abundante en caza.

COMEDIA (moderna): Modalidad del arte dramático según la cual la comunidad no tiene ningún derecho a manifestarse formando un coro solemne. La comunidad es observada con ojo crítico (véase Tragedia).

CORO: (Se forma)... «para determinar su posición, como si un barco averiado y muy desviado de su ruta emitiese las últimas señales». El público ha de escucharlo con cierta congoja.

CRÍTICOS: (Véase X).

DINERO: Es importante.

DÜRRENMATT: Friedrich. Nacido el 5 de enero de 1921. Vive en Neuchâtel (véase Miedo, Autor, Críticos).

ELÍAS, ALFRED (véase Pareja de enamorados): comerciante, nacido en 1889.

ÉPOCA ACTUAL: Cantera de la cual extraigo los bloques para construir mis comedias.

GÜLLEN: Nombre de una pequeña ciudad situada entre Kaffigen y Kalberstadt, colindante con el bosque de Konradsweiler (véase) y la depresión de Pückerried. Fundada por Hasso el Noble en 1111, tiene una población de 5.056 habitantes (52% de protestantes, 45% de católicos y un 3% de otras confesiones). Catedral gótica con un famoso pórtico que representa el Juicio final; ayuntamiento; hotel «El apóstol dorado»; Instituto. Industria: empresas Wagner; Bockmann; fundición. Cuenta actualmente con enlaces ferroviarios importantes. Por deseo de los ciudadanos con derecho a voto, la ciudad debería cambiar su nombre por el de *Gülden*, forma arcaica y poética del adjetivo *golden* (de oro, dorado). Cultura: sala de teatro. Conocida banda de instrumentos de viento.

GÜLLENSES: Habitantes de Güllen. Algunos encarnan prototipos. El alcalde, el maestro, etc. Individuos de nuestro tiempo, sin ninguna mala intención, que caen en una situación difícil. Desarrollan un entusiasmo cada vez mayor por los ideales.

LEUTHENAU: Aldea situada entre Brunnhübel y Güllen.

LOKEN: Villorrio situado entre Brunnhübel y Kalberstadt.

MARIDOS: Casados con la vieja dama (véase Zachanassian). La numeración varía.

MIEDO: No es aquí una magnitud metafísica, sino mensurable, que va unida a los objetos. De ahí que Dürrenmatt (véase) no la conciba con tanta profundidad como los existencialistas. El no «nihiliza», pero a menudo es aniquilado por los críticos (véase). La nada se manifiesta como diente de oro (véase Policía).

OCURRENCIAS: «Y continuamente oigo decir que soy el hombre de las mil y una ocurrencias, que escribe sin orden ni concierto, como quien dice. Pero ¿qué es realmente una ocurrencia? Sin duda un quebradero de cabeza para muchos. Comprensiblemente. Para ellos, la literatura surge de la literatura, el teatro, del teatro, etc. Mi arte, en cambio, no surge en principio del arte —y conste que no pretendo negar el influjo de otros escritores sobre mí—, sino del mundo, de la experiencia, de la confrontación con el mundo, y allí donde éste se transforma repentinamente en arte, por así decirlo, aparece la ocurrencia: dado que el mundo irrumpe en mí con sus acontecimientos (como a veces el enemigo en una fortificación), se crea un antimundo, un mundo propio en forma de contraataque, de autoafirmación».

PANTERA: Se utiliza como apelativo cariñoso y en sentido real (un caso para psicoanalíticos).

PAREJA DE ENAMORADOS: Clara Zajanassian (véase) y Alfred Elías (véase) constituyen una pareja clásica con unas cuantas variantes. Casi mitos.

POLICÍA (véase Miedo): «La policía está para hacer respetar las leyes, velar por el orden público y proteger al ciudadano».

POSITIVO, LO: Quienes van al teatro exigen su entrega inmediata a domicilio. No obstante, reflexionando un poco es posible encontrarlo en cualquier obra.

REPORTEROS: Construyen junto al mundo real otro fantasmagórico. Hoy en día se suelen confundir ambos mundos.

SOFOCLES: No es escarnecido. El autor le tiene un gran respecto (véase Coro).

STIFTER: Adalbert. Escritor austríaco, 1805-1868 (véase Sófocles).

TRAGEDIA (antigua): Modalidad del arte dramático según la cual la comunidad tiene derecho a manifestarse formando un coro solemne. La comunidad es idealizada.

U: (véase Críticos).

WÄSCHER: Gottfried, padre de Klara (Claire), arquitecto. Constructor del edificio que el espectador puede ver al comenzar el primer acto a la izquierda (desde su perspectiva). Fallecido en 1911.

X: (véase U).

ZACHANASSIAN: Claire, de soltera Wäscher, nacida en 1892 (véase Maridos). El apellido es una combinación de Zacharoff, Onassis y Gulbenkian (éste último enterrado en Zurich). Dama benefactora.

FRIEDRICH DÜRRENMATT

(Escrito en 1955 para el programa del estreno en la Schauspielhaus de Zurich).

Sobre el autor

FRIEDRICH DÜRRENMATT (Konolfingen, Suiza, 5 de Enero de 1921 - Neuchâtel, Suiza, 14 de Diciembre de 1990), fue un pintor y escritor suizo en lengua alemana. Hombre polifacético, fue un gran autor teatral; escribió, para la radio y la televisión, ensayos literarios, filosóficos y novelas «negras».

Hijo de un pastor protestante, estudió teología y filosofía en Berna y Zurich. Empezó trabajando como dibujante, grafista y crítico de teatro. «Escribo conociendo lo absurdo de este mundo, pero sin desesperar», dijo como comentario a sus comedias satíricas e inconventionalmente moralistas en las que, a menudo, se mezcla lo cruel con lo grotesco y que lo convirtieron en uno de los dramaturgos más significativos de la segunda mitad del siglo XX. Inició su escritura teatral con *Está escrito* (Es steht geschrieben, 1947), sobre los anabaptistas; *El ciego* (Der blinde, 1947); *Rómulo el Grande* (Romulus der Grosse, 1949), sobre la caída del Imperio Romano y la inutilidad de lo heroico; *El matrimonio del señor Mississippi* (Die Ehe des Herrn Mississippi, 1952), comedia satírica y paródica que trata la imposibilidad de cambiar la naturaleza humana; *Un ángel en Babilonia* (Ein Engel kommt nach Babylon, 1954). En 1964, Bernard Wicki convirtió el drama, *La visita de la vieja dama* (Der Besuch der alten Dame, 1956), en una película con el título de «La visita del rencor» y Gottfried von Einem hizo sobre esta obra una ópera en 1971.

Cabe mencionar otras obras teatrales como *Frank V* (1959), *El meteoro* (Der Meteor, 1966) y *Play Strindberg* (1969). De sus populares novelas «negras» sobresalen *El juez y su verdugo* (Der Richter und sein Henker, 1950), *La sospecha* (Der Verdacht, 1951) y *Justicia* (Justiz, 1985).

Además de versiones propias de dramas, entre otros de W. Shakespeare y J. A. Strindberg, escribió también numerosas piezas radiofónicas y textos sobre teoría teatral.

